30

Aben Humeya

Francisco Martínez

11

ABEN HUMEYA

ó

LA REBELION DE LOS MORISCOS,

DRAMA HISTORICO;

POR

D. F. MARTINEZ DE LA ROZA.



PARIS,

IMPRENTA DE JULIO DIDOT,

CALLE DEL PUENTE DE LODI, n° 6.

1830.

ADVERTENCIA.

Ha corrido este drama tan extraña fortuna, que probablemente ha de excitar la curiosidad del público, cualquiera que sea el mérito que se le atribuya. Antes de determinarme á componerle, habia sentido vivos deseos de presentar en la escena francesa alguna de mis obras dramáticas; y cabalmente el buen éxito que habia ya logrado en Paris la imitacion de una de ellas [1] me animaba no poco á la empresa. Mas en breve desistí de tal propósito, habiéndome convencido plenamente de que una obra de esta clase, compuesta para una nacion, difícilmente puede trasladarse á otra, sobre todo cuando el gusto dramático es muy distinto en ambas. Aun el estar mis obras en verso, y el haber de reducirlas á humilde prosa, acabó de retraerme de mi intento; porque temí, con entrañas de padre, desnudar mis composiciones de un encanto que encubre muchas faltas: pocos cuadros hay que consientan perder el colorido, y que aun aparezcan bellos con los meros contornos.

Me decidí pues, en vista de estas reflexiones, á componer de intento un drama para el teatro frances; pero qué rumbo seguir en empresa tan aventurada?... La primera idea que me ocurrió, como la

[1] La Mère au bal, et la Fille à la maison.

mas natural, fue escribir un drama en castellano y despues traducirle; mas por fortuna conocí con tiempo que una obra concebida en cerebro español y vestida al nacer en trage de Castilla, mostraria siempre, por mas esfuerzos que se hiciesen, demasiado claro su orígen.

Al cabo no me quedó mas recurso que componer mi drama en lengua extrangera; y entonces fue cuando se presentaron de tropel las dificultades: en una obra didáctica, por ejemplo, cabe practicarse con mas ó menos presteza, la traduccion que se hace siempre en el ánimo cuando se piensa en un idioma y se expresa uno en otro; pero en obras dramáticas no cabe hacerse asi: se necesita mas celeridad en la concepcion de los pensamientos, y mas calor en la expresion; las ideas y las palabras tienen que salir vaciadas á un tiempo en el mismo molde.

Tales son los obstáculos que he tenido que superar; y cuando he acabado de convencerme de su gravedad, ha sido al verter despues mi obra en castellano. Nunca he palpado mas de lleno la diversa índole de cada lengua, las ventajas que cada una de ellas posee, lo difícil de trasladar exactamente los pensamientos de una á otra. ¡Cosa singular, y que sin embargo no es imposible de explicarse! Mas me ha costado traducir mi propia obra que si hubiera sido agena... acontece con una traduccion lo que con un retrato.

Por lo tocante al argumento de este drama, poco ó nada tendré que decir: le busqué y escogí en la historia de España, porque juzgué que asi pareceria

mas nuevo y original, al paso que me dejaria campear con mas desembarazo, conociendo mejor el terreno. Hasta la circunstancia de ser alusivo á acontecimientos de mi pais natal, concurrió á decidirme á favor suyo, aun prescindiendo de otras muchas ventajas: el que haya vivido largos años fuera de su patria, concebirá fácilmente esta predileccion tan natural; y aun me lisonjeaba, ya que he de decirlo todo, la idea de oir repetir unos nombres tan gratos para mí, y de oirlos en tierra extraña, y tal vez con aplauso.

El éxito ha correspondido á mis deseos: este drama ha recibido del público de Paris la mas favorable acogida; pero no me ciega tanto el amor propio que deje de conocer que ha sido juzgado, asi en el teatro como en los periódicos, con no poca indulgencia. Mi calidad de extrangero ha desarmado la severidad de la crítica; se ha perdonado mucho en favor de lo extraordinario de la empresa; y no se ha perdido de vista al autor, al pesar el mérito de su obra.

PERSONAS.

ABEN HUMEYA (don Fernando de Válor.)
ZULEMA (doña Leonor), su muger.
FATIMA (Elvira), su hija.
MULEY CARIME (Miguel de Rojas), padre de Zulema.
ABEN JUHAR, tio de Aben Humeya.
ABEN ABO, } promotores de la rebelion.
ABEN FARAX, }
EL ALFAQUI, ó Sacerdote de los Moros.
LARA, enviado por el capitan general de Granada.
EL PARTAL, } caudillos de los sublevados.
EL DALAY, }
EL XENIZ, }
ALIATAR, esclavo negro.
Una esclava vieja.
Un pastorcillo.
La viuda de un castellano.
Moriscos sublevados, soldados castellanos, gente del pueblo, pastores y zagalas, esclavos negros, mugeres y esclavas al servicio de Zulema y de Fátima.

La escena en Cádiar, en las sierras de la Alpujarra.

ABEN HUMEYA,

DRAMA.

ACTO PRIMERO.

El teatro representa una sala de arquitectura arábiga de la casa de campo de Aben Humeya, en las cercanías de Cádiar: está adornada decentemente, pero con mucha sencillez; y vense en las paredes aprestos y despojos de montería. A mano derecha de los espectadores habrá una ventana, y en frente de ella una puerta: tambien habrá otra en el foro, por la que se sale á una especie de azotea con vistas al campo. Hasta la escena séptima, todos los actores se presentan vestidos á la española, escepto las mugeres, que tendrán un trage bastante parecido al de las Moras, con un gran velo blanco.

ESCENA I.

ABEN HUMEYA, ZULEMA.

(*Aben Humeya estará sentado, componiendo una ballesta. Zulema se levanta, deja en su silla unos bordados que tenia entre manos, y se acerca á él.*)

ZULEMA.

No, querido Fernando, el corazon de una esposa no se engaña nunca!... De algun tiempo á esta parte, noto que estas inquieto, caviloso,

acosado de tristes pensamientos... Sin duda guardas en tu pecho algun secreto grave; y lo que mas temes, al parecer, es que tu Leonor llegue á descubrirlo.

ABEN HUMEYA.

¿Y qué secreto pudiera yo ocultarte?...

ZULEMA.

No lo sé; y cabalmente esa misma duda es la que aumenta mi desasosiego!... Te veo en un estado muy parecido al que me causó tantos dias de pesar, cuando acababamos de unirnos en Granada; pero entonces yo misma me anticipaba á disculparte: te hallabas en la flor de la mocedad; veias oprimida á nuestra raza; y la sangre real de los Aben Humeyas hervia en tus venas con solo ver al vencedor... Ese fue, y no otro, el motivo que me estimuló á salir cuanto antes de aquella ciudad cautiva, llena de memorias amargas, que mantenian tu ánimo en un estado de tristeza y de irritacion, que me puso en mucho cuidado... Despues llegué á lisonjearme, te lo confieso con franqueza, de haber logrado mi objeto, desde que fijamos nuestra morada en estas sierras... Al ver que ibas recobrando la paz del alma, me sentia envanecida con mi triunfo; y si tenia que compartirlo, solo era con mi hija!... Me parecia que su presencia serenaba tu corazon;

y los delirios de la ambicion no perturbaban ya tu sueño... pero, te lo repito, de algun tiempo á esta parte...

ABEN HUMEYA.

¿Qué has notado?... Dílo.

ZULEMA.

¿Qué he notado?... Todo cuanto puede afligirme!... Evitas con el mayor cuidado desahogar tu corazon conmigo; y hasta parece que temes que se encuentren nuestras miradas... Cuando mi padre, participando tambien de mis recelos, ha procurado tantear la herida de tu alma, para procurarle algun alivio, has escuchado sus consejos con tibieza y desvío; al paso que te veo rodeado de los mas díscolos de nuestras tribus, refugiados en las Alpujarras; de cuantos sufren con mayor impaciencia el yugo del cruel Felipe... Guárdate, Fernando mio, guárdate de dar oidos á sus imprudentes consejos; escucha mas bien la voż de tu esposa, que te pide por su amor, por nuestra hija, que no expongas una vida de que pende la suya!

ABEN HUMEYA.

Tus temores no tienen ni el menor fundamento; y tu mismo cariño te hace ver mil riesgos, que no existen sino en tu fantasía. Estoy triste, no lo niego; mi corazon está lleno de

amargura... ¿Tengo acaso motivos para estar alegre?... Tú misma me despreciarias, si me vieras contento.

ZULEMA.

No, Fernando; yo no me alucino respecto de nuestra situacion: sé bien los nobles sentimientos que te animan; y yo propia, asi cual me ves, no he nacido tampoco para ser esclava!... ¿Pero qué podemos nosotros, débiles y miserables, contra los decretos del destino?... Si hubieramos nacido algunos años antes; si me hubiera visto siendo tu esposa, cuando el trono de Boabdil aun se mantenia en pie contra todas las fuerzas de Castilla, ¿crees por ventura que hubiera yo entibiado tu aliento, detenido tu brazo?... Pero cuando la ruina de nuestra patria se ve ya consumada; cuando no queda arbitrio, recurso ni esperanza...

ABEN HUMEYA.

Debo yo estar alegre!

ZULEMA (*despues de una breve pausa*).

¿Y de qué sirve atormentarte con ese torcedor?... Aun en medio de tantas desdichas, no e faltan motivos de consuelo: ves correr tus dias en el seno de tu familia; vives en la tierra de tu predileccion; esperas mezclar tus cenizas con las cenizas de tus padres... A veces suelo, cuando me hallo mas decaida de ánimo,

trepar hasta la cumbre de estas sierras, y desde allí me parece que diviso á lo lejos las costas de Africa... ¿Creeras lo que me sucede?... como que siento entonces aliviarse el peso que oprimia mi corazon, y me vuelvo mas tranquila, comparando nuestra suerte con la de tantos infelices, arrojados de su patria, y sin esperanza de volverla á ver en la vida... Esos sí que son dignos de lástima!

ABEN HUMEYA (*levantándose de pronto*).

No son tan afortunados como nosotros.

ZULEMA.

¿Pero de dónde proviene esa agitacion, que intentas en vano ocultarme?...

ABEN HUMEYA.

¡Yo!... Estoy tranquilo... ¿No lo ves?...

ZULEMA.

¡Ah! esa misma tranquilidad es la que me hace estremecer.

ABEN HUMEYA.

Sí, estoy tranquilo; y sin embargo veo el trono de mis mayores hollado por el insolente Español, nuestras mezquitas convertidas en polvo, nuestras familias esclavas ó proscriptas.... ¿Qué mas quieren de mí?... Yo propio, indigno de mi estirpe, blanco de la ira del cielo y del menosprecio de los hombres... ¿Qué

digo?... ni aun puedo volver los ojos sobre mí, sin sentirme cubierto de vergüenza!

ZULEMA.

Sosiégate, Fernando...

ABEN HUMEYA.

Muy desgraciados son, haces bien en compadecerlos, muy desgraciados son los que pueden todavía, á gritos y á la faz del cielo, aclamar el nombre de su patria y maldecir á sus verdugos; los que adoran al Dios de sus padres; los que conservan sus leyes, sus usos, sus costumbres... ¡Cuánto no deben envidiar nuestra dicha!... Nosotros vivimos con sosiego bajo el látigo de nuestros amos; adoramos su Dios; llevamos su librea; hablamos su lengua; enseñamos á nuestros hijos á maldecir la raza de sus padres!... pero, ¿porqué te has inmutado?

ZULEMA.

¡Si te oyese alguien!...

ABEN HUMEYA.

Tienes razon; se me habia olvidado: los viernes no nos permiten nuestros amos ni aun cerrar nuestras puertas... Quieren acechar hasta los votos que dirigimos al cielo en este dia, consagrado por nuestros padres... han menester, para saciar su rabia, escuchar los ayes de las víctimas!

ZULEMA.

Por Dios, Fernando, aguarda un instante; al punto vuelvo...

(*Va á cerrar la puerta, á tiempo que entra Fátima, turbada y sin aliento, y se arroja en los brazos de su madre: trae un velo en la mano.*)

ESCENA II.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA.

FATIMA.

¡Madre mia!...

ZULEMA.

¿Qué es eso?

ABEN HUMEYA.

¡Elvira!

ZULEMA.

Habla, hija, explícate... ¿Porqué vienes tan azorada?...

FATIMA.

Ya nada temo... me hallo en vuestros brazos.

ZULEMA.

¿Pero, qué te ha sucedido? ¿No ibas con tus esclavas?

FATIMA.

Sí, madre mia: con ellas salí esta tarde, para ir á ver la fiesta de Cádiar... mi querida

Isabel venia tambien conmigo, y su hermana nos seguia de cerca... íbamos tan contentas tan alegres!... Casi estabamos ya á las puertas del pueblo, cuando me dió un vuelco el corazon, al divisar soldados castellanos...

ABEN HUMEYA.

¡Siempre, siempre Castellanos!

FATIMA.

Ibamos á pasar junto á ellos, con los ojos clavados en el suelo, y ya nos estrechábamos las tres, para salvar al mismo tiempo las puertas, cuando oimos de pronto un grito, y vimos á los soldados abalanzarse, y arrancarnos los velos que nos cubrian el rostro...

ABEN HUMEYA.

¡Eso han hecho, hija mia!

ZULEMA.

Escucha , Fernando, siquiera...

FATIMA.

Yo desprendí al punto mi velo, viéndoles desgarrar el de Isabel, que cayó medio muerta del susto...

ZULEMA.

¿Y qué ha sido de ella?... ¿Cómo te salvaste tú sola?...

FATIMA.

Ni aun yo misma lo sé... estaba tan turbada!... por fortuna ví venir á mi abuelo, que

acudió á nuestro socorro... Le he dejado en medio de los soldados; acababan de pregonar un nuevo bando; no se oian mas que ayes y murmullo... Ni aun la cara me atreví á volver, creyendo ver á los soldados seguirme y alcanzarme... Nunca mas en mi vida me volveré á apartar de mi madre!

ZULEMA.

Sí, prenda de mi alma... pero ve y da un beso á tu padre... No estaré con sosiego hasta que te vea en sus brazos!

FATIMA (*al dar un beso á Aben Humeya*).

¡Estais tambien temblando!

ABEN HUMEYA.

No, hija, no... los hombres no tiemblan jamas!

ZULEMA.

¡Asi callas, Fernando, y recibes con tanta tibieza las caricias de tu Elvira!

ABEN HUMEYA (*besándola en la frente*).

Al contrario... mira como la beso.

FATIMA.

Ya todo se me pasó: no hay para qué afligiros... estoy viendo que se os saltan las lágrimas!...

ZULEMA.

¡Llora!... perdidos somos.

ESCENA III.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA, MULEY CARIME.

MULEY CARIME.

Hijos mios, llegó el dia de prueba; y es necesario desbaratar, á fuerza de prudencia, las tramas de nuestros enemigos.

ZULEMA.

¿Qué nueva calamidad nos amenaza?

MULEY CARIME.

Ya sabreis lo que ha pasado con nuestra Elvira... El cielo mismo me condujo á Cádiar, cuando acababan de publicar un nuevo edicto contra nuestra nacion. Quieren borrar con el hierro hasta el rastro de nuestro orígen; nos prohiben el uso de nuestra habla materna, los cantares de nuestra niñez, hasta los velos que cubren el pudor de nuestras esposas é hijas... No queda ni asomo de duda: su intencion es apurar nuestra paciencia, para tener ocasion de agravar mas su yugo... ¡El cielo nos libre de caer en semejante lazo!

ZULEMA.

¡Dios de clemencia, escucha la voz de mi padre!

MULEY CARIME.

Mi presencia en aquel punto, me atrevo á decirlo, no ha dejado de ser de provecho... Advertí que se reunian grupos de gente en los contornos de la plaza... reinaba en ella un profundo silencio... todos se apartaban, con ceño airado, al acercarse los Castellanos... ni una sola ventana estaba abierta. Temí entonces que algun grito imprudente, alguna muestra de descontento y odio provocase el furor de la soldadesca, y atrajese al pueblo mil desastres... Al punto me aboqué con nuestros amigos; les pedí por cuanto aman en el mundo que se volviesen á sus casas, y que sobrellevasen con resignacion las nuevas plagas con que Dios nos anuncia su ira!...

ZULEMA (*á Aben Humeya*).

Ni siquiera dices una palabra...

ABEN HUMEYA (*está sentado, como pensativo y caviloso, y contesta con frialdad*).

Estoy escuchando.

MULEY CARIME.

¡Cuánto me alegré de que no te hallases en medio del bullicio!... A cada instante temia encontrarte en aquel tropel, y sobre todo lo temí al ver á nuestra Elvira, que iba huyendo con otras muchachas de la tropelía de los soldados...

FATIMA (*á Muley Carime*).

¡Qué gesto tan terrible tenian!...

MULEY CARIME.

Yo me puse de por medio, para atajar su pasos... « No ireis mas allá, sin barrer ante el suelo con mis honradas canas... » Les dij estas palabras con acento tan firme, tan resuelto, que al punto se pararon... No se atrevieron á hollar á un anciano, que acudia al socorro de unas inocentes!

ESCENA IV.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA, MULEY CARIME, ABEN FARAX.

ABEN FARAX.

¿Lo estais viendo?... Nuestros recelos n llegaban ni con mucho á la realidad. Aun n conociamos á fondo á nuestros tiranos: co nuestra baja sumision hemos acrecentado s avilantez; y en el desvanecimiento de su triunfo hasta privarnos quieren del aire mismo qu respiramos!

ZULEMA.

Por compasion siquiera... mira que tien muger, que tiene hijos!...

ABEN FARAX.

Tambien tengo yo muger, tambien tengo hijos; pero antes que deshonrados, prefiero verlos muertos. — Aun no era bastante tolerar tanto vilipendio y ultraje, ver nuestras personas y bienes pendientes de su antojo; se atreven á mirar con ojos licenciosos á nuestras esposas é hijas... ¡Hay algo en el mundo que respeten ellos!

MULEY CARIME.

¿Y crees que el mejor medio de evitar tantos males es soltar la rienda á la ira?... Eso es lo que desean nuestros enemigos.

ABEN FARAX.

Nos han hecho ya tan felices, que nada tenemos que temer.

MULEY CARIME.

Ayer... ¿qué digo?... hoy mismo, creiamos que nuestras desgracias habian llegado á su colmo... Buen cuidado han tenido ellos de desengañarnos.

ABEN FARAX.

¿Y qué les queda ya por hacer?.. Acaban de agotar hasta los recursos de su odio. Prepáranse á penetrar en nuestras casas; van á contar, en el seno mismo de nuestras esposas, el número de nuestros hijos, ó por mejor decir, de sus esclavos; aun corren voces de que in-

tentan arrebatárnoslos, y llevarlos al corazon de Castilla...

FATIMA (*cogiendo la mano de su padre*).

Eso no!... ¿Quién en el mundo podrá arrancarme de vuestros brazos?...

ESCENA V.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA, MULEY CARIME, ABEN FARAX, ABEN ABO, EL PARTAL, Y OTROS CAUDILLOS.

ABEN ABO (*al entrar*).

Hijo de Aben Humeya, ¿sabes ya tu afrenta?

ABEN HUMEYA.

Acabo de saberla.

ABEN ABO.

¿Y todavía estás indeciso?

ABEN HUMEYA.

Aun no es tarde...

ABEN ABO.

¡Aun no es tarde!.. Si hubieramos levantado el brazo de venganza, antes de recibir las postreras injurias; si no hubiesemos contenido, por una culpable flaqueza, el alzamiento de cien tribus, prontas á sacudir el yugo de nuestros tiranos, ¿hubieran estos llevado á tal extremo su opresion y sus demasías?... No

r cierto: antes bien hubieran disfrazado su iedo con capa de benignidad; no habrian crificado tantas víctimas, ni osado sepultar un calabozo al descendiente de nuestros yes!

ABEN HUMEYA.

¿Qué dices?

ABEN ABO.

¿Pues ignoras la desgracia de tu padre?

ABEN HUMEYA.

¡De mi padre!

ABEN ABO.

Sí, Aben Humeya, sí: ya está cargado de denas, y no aguarda sino la muerte.

ABEN HUMEYA (*en un arranque de cólera*).

Se acabó: ¡sangre, amigos, sangre!... Estoy ella sediento.

ZULEMA.

Esposo mio!

MULEY CARIME.

Fernando!...

ABEN HUMEYA.

Dejadme... dejadme todos...

ZULEMA.

Mira á tu hija, como se echa á los pies de padre...

ABEN HUMEYA.

¡De su padre!... Tambien tengo yo el mio. tambien le tengo; y voy á vengarle.

MULEY CARIME.

Pero deja que á lo menos sepamos de cierto

ABEN ABO.

¡Ah! demasiado cierto que es... El valien Alí Gomel acaba de llegar de Granada, c donde destierran del modo mas cruel un gra número de nuestras familias; las arrojan, s pena de muerte, de sus pobres hogares; la entregan á la miseria, las impelen á la de sesperacion y á los delitos, para tener pretexto de castigarlas... Tres dias ha que ha salido c la ciudad el marques de Mondejar al frente c sus tropas; y va á penetrar en estas sierras para asegurar el cumplimiento de esos decre tos bárbaros... Le prescriben esta sola re puesta: « los Moriscos estan á nuestros pies. ó ya no existen! »

ABEN FARAX.

¿Qué aguardamos, pues, qué aguardamos para dar á nuestros hermanos la señal, que h tantos años nos demandan?...

(*Clavando los ojos en Aben Humeya.*)

¿Habremos menester, para que nuestro val se reanime, que la sangre de nuestros padre haya teñido ya el cadalso?

ABEN HUMEYA.

No, amigos, no: el dia de la venganza nos está ya alumbrando!

ZULEMA.

¡Desdichada Leonor, todo se acabó para tí!

MULEY CARIME.

Hija!...

ZULEMA.

Ven, Elvira, ven... ya no le queda á tu madre mas consuelo que tú!

MULEY CARIME.

Apenas puedes mantenerte en pie... tranquilízate, mi querida Leonor... ¡El brazo de Dios nos servirá de escudo!

(*Zulema se encamina á su aposento, descaecida de ánimo y de fuerzas, sosteniéndola su padre y su hija.*)

ESCENA VI.

ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX, EL PARTAL, Y LOS OTROS CAUDILLOS.

(*Durante esta escena, el teatro se va oscureciendo insensiblemente.*)

ABEN HUMEYA.

Quédense los lloros para viejos y mugeres; las injurias que se hacen á hombres esforzados, no se lavan sino con sangre!

PARTAL.

Al oir esas palabras, ya te reconocemos, Aben Humeya...

LOS OTROS CAUDILLOS.

Ya te reconocemos.

ABEN HUMEYA.

Sí, amigos mios : no ha sido un vil temor el que me ha impedido por tan largo espacio desnudar el acero; he sufrido en silencio tantos ultrajes, he ahogado en el pecho mis quejas, por no dar esa satisfaccion á nuestros tiranos; pero entre tanto el odio se arraigaba mas y mas en mi alma; y nunca ha llegado la noche sin que haya ido á jurar sobre las tumbas de mis padres vengarme hasta la muerte!... Mas no bastaba saber que nuestros amigos y hermanos sufrian á duras penas el yugo, y ansiaban sacudirle; era mas acertado aguardar, que no arriesgar imprudentemente la suerte de esta comarca, la existencia de tantas familias, la última esperanza de la patria!... Harto seguro estaba yo de que la opresion de nuestros tiranos agotaria nuestra paciencia; y les dejé á ellos mismos el dar la señal del levantamiento.... pues ya la han dado, de cierto será oida.

PARTAL Y LOS OTROS CAUDILLOS.

Sí, lo será.

Manifiestan temor de que los sorprendan; uno de los caudillos se asoma á la puerta; y prosiguen luego el diálogo con mas precaucion y recato.)

ABEN ABO.

Y qué duda pudiera quedarnos, en virtud le los avisos que acabamos de recibir?... Tolos nuestros pueblos estan prontos. Por toda a costa, en la serranía de Ronda, en la vega le Granada, hasta en el seno de la ciudad y n medio de nuestros enemigos, nuestros hernanos aprestan ya las armas y aguzan los puiales!

ABEN FARAX.

Creian nuestros opresores habérnoslos arancado de la mano... los hallarán en su coazon!

ABEN HUMEYA.

Logre yo ver ese dia, y muero satisfecho!... ’ero no perdamos en vanas amenazas momenos tan preciosos. Corramos ahora mismo á ongregar á nuestros parciales; confiémosles iuestro designio; reunámonos al punto, para ioner término á nuestra servidumbre... Hasta l mismo cielo parece que nos brinda con la icasion mas favorable: cabalmente esta noche :elebran nuestros tiranos el nacimiento de su)ios; y mientras esten ellos arrodillados en us templos, ó entregados á la embriaguez en

licenciosos festines, evitaremos su vista á fa
vor de la oscuridad ; buscaremos un asilo e
las concavidades de estos montes ; y sacaremo
del seno de la tierra las armas de nuestros pa
dres, tantos años ha consagradas á la ven
ganza !

ABEN FARAX.

Donde debieramos reunirnos es en lo hond
del precipicio, en la cueva del Alfaquí...

EL PARTAL.

Vamos á la cueva del Alfaquí !

ABEN ABO.

Justo es que ese anciano venerable, ponti
fice de nuestra ley y predilecto del profeta, se
quien reciba nuestros juramentos... Solo él n
ha doblado la rodilla ante nuestros tiranos
mas bien ha preferido renunciar á la luz del dia

ABEN HUMEYA.

Vamos, pues, ya que la noche nos ampara
á reunirnos en esa cueva, donde nunca ha p
netrado la vista de nuestros enemigos... ¿ N
vienen ellos á marcarnos con el hierro de es
clavos ? pues reconozcan en nosotros sus ant
guos señores... Antes que el relámpago brill
los habrá herido el rayo.

*(Vanse todos por la puerta del foro. Aben Humey
se detiene un instante, volviendo la vista hác*

el aposento de su muger, y despues se va con los demas.)

ESCENA VII.

EL ALFAQUI.

e muda la decoracion. El teatro representa una vasta caverna, cuya bóveda está sostenida por informes peñascos, de los cuales penden grupos de estaláctitas. Todo el ámbito del teatro, casi hasta el proscenio, está lleno de rocas apiñadas. En el segundo término, á mano izquierda, se ve una concavidad en la roca, la cual sirve de aposento al Alfaquí. Una lámpara de hierro alumbra escasamente esa especie de gruta, mientras lo restante del teatro aparece sombrío. El Alfaquí está sentado, con un libro delante.

ALFAQUI.

« El poderío del infiel está cimentado en rena ; y su dominacion pasará mas rápida ue el torbellino en el desierto... Dia vendrá n que los hijos de la tribu escogida sentiran ntibiarse su celo, y la coyunda de la servilumbre pesará sobre su cerviz... pero al verse n tan amargo trance, volveran los ojos al riente, y el rocío de consolacion bajará del éptimo cielo !... »

Al cabo de unos instantes de meditacion sale fuera de la gruta.)

Lo sé, gran Dios, lo sé : tus promesas no

pueden fallar; tienen un apoyo mas firme que los cimientos de la tierra!... Pero yo, pobre viejo, cuya vida va á apagarse al menor soplo; quizá antes que esa luz... yo bajaré á la huesa sin haber presenciado tu triunfo!... Y sin embargo esa era la única esperanza que me hacia sobrellevar la vida... Ni un solo dia ha trascurrido, durante tantos años, sin que haya esperado ver el rescate de tu pueblo; y cada dia veo acrecentarse su envilecimiento y sus desdichas!... Quizá no habré yo comprendido bien tu revelacion misteriosa; y no era suficiente renunciar al trato de los hombres, por no abandonar tu ley santa... Hubiera debido proclamarla en alta voz, en medio de los verdugos, y reanimar con mi ejemplo la fe de estos pueblos, próxima ya á extinguirse... Asi es como el Alfaquí de Velez... me parece que le estoy viendo... y aun era yo muchacho... no hacia sino repetir el nombre de Alá, al subir con pie firme á lo alto de la hoguera; y aun volvia los ojos al templo edificado por el hijo de Abrahan, cuando las llamas de los idólatras envolvian ya su cuerpo!

(*Antes de concluirse esta escena se ve al pastorcillo que baja á la cueva.*)

ESCENA VIII.

EL ALFAQUI, EL PASTORCILLO.

PASTORCILLO (*mostrando contento*).

Ya estoy aquí !

ALFAQUI.

Bien venido seas, hijo...

PASTORCILLO.

He tardado mucho... ¿no es verdad?... pero ha sido culpa mia... Hasta he tenido que rrer porque no estuvieseis con cuidado.

ALFAQUI.

Ya te se conoce; vienes muy cansado... vaos, ven aquí cerca de mí... Yo no tengo mas nsuelo en el mundo que verte estos cortos omentos.

PASTORCILLO.

Ni yo sé como he podido venir... fuí hoy al ueblo con otros pastores... iban á celebrar la oche buena, y se empeñaron en que me quease con ellos... tenian unos instrumentos n lindos! pero yo me escapé sin que ellos e viesen, para traeros estas frutas...

Saca del zurron un panecillo y unas frutas secas, que coloca sobre una peña á la entrada de la gruta.)

ALFAQUI.

A las claras estoy viendo que el Dios Ismael no me ha abandonado... pues que envia á socorrerme como un ángel cons lador!

PASTORCILLO.

Mi padre fue quien me mandó que lo hicie asi, encargándomelo mucho á la hora de muerte.

ALFAQUI.

Yo le debo la vida, hijo mio... era el únic amigo que ya me quedaba!... Obedecia al pr cepto de Dios, y no temia la ira de sus en migos.

PASTORCILLO.

Algunas veces le acompañaba yo cuand venia aqui... ¿Lo habeis olvidado?

ALFAQUI.

No por cierto... Y tambien es necesario qu no olvides tú los consejos que te daba t padre...

PASTORCILLO.

Olvidarlos yo!... Asi que veo á un Caste llano, vuelvo á otro lado la cara... Hoy mism he dado un gran rodeo por no pasar por la plaza... habia en ella tantos soldados!

ALFAQUI.

Han llegado sin duda desde la última vez e te ví...

PASTORCILLO.

De seguro... y si supierais las voces que rren!... Dicen que vienen á impedirnos el ntar nuestros romances tan bonitos, y hasta bañarnos... Yo lo siento por los demas; pero r mí!... yo cantaré en la cresta de los mons y me bañaré en el rio.

ALFAQUI.

¡Qué feliz eres, hijo, de no sentir aun el eso de nuestras desdichas!...

Vense aparecer sucesivamente algunos Moriscos, que van bajando á la cueva.)

PASTORCILLO.

¿No es verdad que esos soldados me harian ucho mal, si supieran que vengo aquí?... ero no importa; yo no os he de abandonar en i vida!

ALFAQUI.

No, hijo, no vuelvas mas... Yo nada tengo a que esperar en el mundo; y tú puedes disrutar todavía de tiempos mas felices!... Alza a cabeza... ¿porqué lloras?

PASTORCILLO.

Si lo estoy viendo... ya no me quereis como antes... Dejaros yo morir! (*Se echa en sus brazos.*)

ALFAQUI.

No es eso, hijo mio, vendrás cuando qui-ras... pero deja á lo menos que se vayan es Castellanos... Aun no los conoces tú bien!... ¿A dónde vas?...

(*El pastorcillo hace como que ha oido ruido, da algunos pasos; pero al ver á los Moriscos vuélvese asustado, y se esconde en lo hondo de la gruta.*)

PASTORCILLO.

¡Ah!...

ESCENA IX.

EL ALFAQUI, EL XENIZ, EL DALAY, OTROS MUCHOS MORISCOS.

(*Asi estos como los que luego van llegando, vienen ya vestidos con el trage de Moros, con alquiceles, albornoces, etc. Todos ellos traen sables y puñales, y algunos hachas ó teas encendidas, que colocarán en las hendiduras de las rocas.*)

ALFAQUI.

¿Quién sois?... ¿Qué venis á buscar en el seno de la tierra?... ¡Es un sueño, Dios mio!

DALAY.

No, venerable Alfaquí: son vuestros ami-

;, vuestros hijos, que se acogen á vuestro paro, como se busca el de un padre en los s de tribulacion!

ALFAQUI.

Vuestro padre yo! los esclavos no tienen no amos.

XENIZ.

A pesar de tantas desdichas aun no hemos erecido ese nombre...

ALFAQUI.

¿Y cuál es el que mereceis? Habeis renegado el Dios de vuestros padres; dejais esclava vuestra patria, que ellos ganaron á costa de u sangre; comprais á fuerza de oprobio el erecho de servir á vuestros verdugos... Escoed, escogedle vosotros mismos: ¿qué nombre ebo daros?...

DALAY.

Harto hemos merecido hasta ahora vuestras econvenciones; y aun mas amargas todavía os las ha hecho nuestro corazon, mientras emos sufrido tan dura esclavitud... mas ya legó á su fin.

ALFAQUI.

¿Qué dices?... ¡Será cierto!

DALAY.

Sí, amado del profeta: no osariamos com-

parecer á vuestra vista, si hubiesemos de desde aquí á tomar otra vez nuestros grillos.

ALGUNOS MORISCOS.

Jamas!

UN NUMERO MAYOR.

Jamas!!!

ESCENA X.

LOS DICHOS, ABEN ABO, ABEN FARAX, EL PARTAL, Y OTROS MORISCOS.

ABEN ABO.

Esos acentos, este trage, estas armas, o ponen de manifiesto nuestra firme resolucion acabamos de arrojar la indigna máscara, qu nos envilecia á nuestros propios ojos; y hemo vuelto á empuñar el acero de nuestros padres teñido tantas veces con sangre de nuestros ti ranos.

ABEN FARAX.

Alzados estan ya cien mil brazos, prontos á descargar el golpe, á la primer señal...

ABEN ABO.

Y esa va á darse al punto.

PARTAL.

No aguardamos sino al hijo de Aben Humeya...

ALFAQUI.

¡ El hijo de Aben Humeya !... El postrer vás-
tgo de la palma real, el descendiente del pro-
fa !

PARTAL.

Él mismo, su tio Aben Juhar, los principa-
s de su tribu acaban de condescender con
nestros deseos... Todos ellos van á reunirse
quí, ansiosos de compartir nuestros riesgos
nuestra suerte...

ESCENA XI.

os DICHOS, ABEN HUMEYA, ABEN JUHAR,
Y OTROS MORISCOS DE SU TRIBU.

VARIOS MORISCOS (*á la entrada de la caverna*).

Ya está aqui !

MUCHOS MAS.

Ya está !!!

ALFAQUI.

Ven en buen hora, descendiente de cien
eyes, ven !...

(*Muestras generales de entusiasmo.*)

ABEN HUMEYA.

Venerable Alfaquí, amigos mios, hermanos,
con solo hallarme en medio de vosotros, me
parece que ya respiro el aura de la libertad !

¡Cuánto se ha hecho desear este feliz m
mento ! Nunca han visto mis ojos á uno
nuestros tiranos, sin desearle la muert
nunca he puesto el pie en el templo de los i
fieles, sin señalarlos en mi corazon como l
primeras víctimas que alli debieran inm
larse!

ALFAQUI.

El mismo celo muestra que desplegaron s
mayores... Con él renacerán!

ABEN HUMEYA.

Yo os veia á todos animados de los mism
sentimientos; sabia vuestros deseos; pero e
menester aguardar el momento oportuno,
que el golpe precediese al amago... Tan fel
momento es llegado ya.

EL DALAY Y OTROS.

Sí!

GRAN NUMERO DE MORISCOS.

Sí!!!

ABEN JUHAR.

Puesto que me conoceis, amigos mios, m
pudiera tener reparo en alzar la voz en medi
de vosotros, cabalmente en ocasion tan cr
tica como que de ella va á pender nuestr
suerte!... No creais que el peso de los añ
haya helado la sangre en mis venas, ni qu
me haga mirar con indiferencia la servidumb

ı ignominia... tan al contrario es, que por mismo estoy mas impaciente de que aca- ı cuanto antes nuestras desdichas, para frutar al menos un solo dia feliz!... ¿Mas ué fin despertar á nuestros opresores, y : se apresten á la defensa, antes de que ɾamos concertado todos los medios para les el golpe mortal?...

ABEN ABO (*interrumpiéndole*).

Tenemos las armas en la mano, y aguar- 'emos como viles siervos!...

ABEN FARAX.

¡Habremos de ver por mas tiempo profa- los nuestros hogares?...

DALAY.

¡Insultadas nuestras esposas?...

PARTAL.

¡Esclavos nuestros hijos?...

GRAN NUMERO DE MORISCOS.

No!

TODOS.

No!!!

ABEN HUMEYA.

¿Y qué medio mas eficaz que nuestro mismo antamiento, para apresurar la llegada de los :orros de Africa, y alzar á un millon de estros hermanos en todo el ámbito del rei- ?... Cuando vean á nuestra raza empeñada

en una guerra á muerte, ¿permanecerán in-
decisos un solo instante, ó se negarán á ten-
dernos una mano amiga?... Nosotros somos
(¿el corazon leal no nos lo está anunciando?)
nosotros somos los que destina el cielo para
dar á nuestros hermanos la señal y el ejem-
plo... Al abrigo de esta region fragosa, res-
guardada la espalda con el mar, y dando casi
la mano á nuestros hermanos de Africa, noso-
tros sí que podemos provocar impunemente á
nuestros contrarios, y empeñarlos en una
larga lucha, sin que puedan prometerse buen
éxito ni provecho ni gloria... Cuando tienen por
todas partes émulos y enemigos, ¿podrán ver
sin temor ni recelo cundir el incendio á sus
propios hogares?... No, no: temblarán á su vez
por sus esposas, por sus hijos, asi como noso-
tros hemos temblado por los nuestros; rece-
rán de espanto, al ver que ante sus pies vuelve
á abrirse el abismo, que ha tragado sus gene-
raciones por el trascurso de ocho siglos!

ALFAQUI.

El cielo acaba de hablar por tu boca, des-
cendiente de los Abderramenes... Sin duda te
ha escogido para ser el ministro de su ven-
ganza y el libertador de tu patria!... Oid, hi-
jos mios, oid: quizá sea esta la postrera vez
que escucheis mis acentos; mi hora final es

muy cercana; y no entreveo lo porvenir o al pisar los límites de la eternidad!...

PARTAL.

Silencio, compañeros, silencio!

ALFAQUI.

No basta que rompais vuestras cadenas; es eciso que levanteis otra vez el trono de Almar... Y, no lo habreis olvidado sin duda, que destina el cielo para cimentarle de evo, es un caudillo de sangre real y de la sma estirpe del profeta...

PARTAL.

No puede ser otro sino Aben Humeya!

MUCHOS MORISCOS.

Él es!... él es!...

ABEN ABO.

Aun no hemos desenvainado el acero, y ya iscamos á quien sometemos!

ABEN FARAX.

No faltarán valientes que nos guien á la lea: ¿ hemos menester mas?

ABEN ABO.

Cuando hayamos borrado, á fuerza de honsos combates, las señales de nuestros hieros; cuando seamos dueños de algunos palios de tierra, en que zanjar á lo menos uestros sepulcros; cuando podamos siquiera ecir que tenemos patria, los que logren so-

brevivir á tan larga contienda, podrán á
salvo elegir rey... y aun entonces no debi
ser la corona ciego don del acaso, sino prer
del triunfo.

ABEN HUMEYA.

Por mi parte, Aben Abó, ni aun aspir
ese premio ; y puedo de buen grado ceder
otros... Los Aben Humeyas tienen su pue
seguro : siempre son los primeros en las b
tallas.

ABEN ABO.

Y nunca los Zegries han sido los segund

ALFAQUI.

Templad, hijos, templad ese ardor belicos
que centellea en vuestros ojos é inflama vu
tras palabras... reservadle contra nuest
contrarios! Cuando tenemos en nuestra ma
la libertad ó la esclavitud de nuestros hij
la suerte de la patria, la exaltacion ó el vi
pendio de la religion de nuestros padres, ¿p
dieramos, sin cometer el mayor crímen, esc
char la voz de las pasiones?... ¡Ah! no
trata por cierto de dar en el palacio de la A
hambra la corona de oro y pedrería, que
indigno Boabdil no supo conservar sobre s
sienes; en medio de estos precipicios, amen
zados por nuestros contrarios, casi en el bor
del sepulcro, solo una espada podemos d

que elijamos hoy por nuestro supremo caulo; no se verá á mayor altura que los demas, no para estar mas próximo al rayo!

PARTAL.

Hablad, intérprete del profeta: prontos estamos á obedeceros.

ALGUNOS CAUDILLOS.

Todos lo estamos, todos!

ALFAQUI.

El cielo ha hablado ya por sus pronósticos portentos; pero aun va á manifestaros su voluntad con un signo glorioso.

Encamínase, arrebatado de entusiasmo, hácia lo hondo de la gruta. La turba de Moriscos, que le habrá dejado libre paso, manifiesta sorpresa y admiracion, en tanto que aguarda su vuelta.)

DALAY.

¿A dónde va el venerable Alfaquí?...

XENIZ.

El fuego de la inspiracion relumbraba en su frente...

PARTAL.

Aguardemos, compañeros, aguardemos con silencio religioso á que nos dicte las órdenes el cielo!

ALFAQUI.

Desplega á la salida de la gruta un estandarte

viejo de seda carmesí, galoneado de oro, y sen-brado el campo de medias-lunas de plata.)

Mirad, nietos de Muza y de Tarif, mirad!...

ABEN JUHAR.

Es el estandarte del reino!

DALAY.

La enseña de Alhamar!

XENIZ.

Segura es la victoria!

MUCHOS MORISCOS.

Ya nos salvamos!!!

ALFAQUI.

El cielo nos le ha conservado á fuerza de prodigios, cual prenda de su proteccion... en él está cifrada la suerte del imperio!

PARTAL.

Extended cuanto antes, extended en medio de nosotros el estandarte real de nuestros padres... A su sombra sagrada, vamos á proclamar nuestro monarca... Viva el ilustre nieto de los reyes de Córdoba y Granada!

TODOS LOS MORISCOS (*excepto Aben Abó, Aben Farax y los de su bando, que formarán un grupo á un lado del teatro*).

Viva Aben Humeya!!!

ABEN HUMEYA.

Por favor, amigos, por favor siquiera, oidme unos instantes... Yo no tengo mas que un

estra, un corazon de que disponer; y ha
rgo tiempo que son de mi patria: ¿qué mas
diera ofrecerle?... Pero si solo se necesitan
estra y corazon para pelear, para reinar no
stan...

XENIZ (*interrumpiéndole*).

Ante los ojos tiene el ejemplar de sus mayo-
s...

DALAY.

Será cual ellos nuestro libertador...

PARTAL.

Hasta su nombre será un símbolo de union
ra estos pueblos, un presagio del triunfo...
(*Iben Humeya se muestra confuso, y parece que intenta, con su gesto y ademan, calmar el entusiasmo de la muchedumbre.*)

ALFAQUI.

Basta ya, amado del profeta, basta de inde-
sion... Cuando el cielo dicta sus órdenes, al
mbre no le toca sino cerrar los ojos y obe-
cer!

EN HUMEYA (*arrodillándose ante el Alfaquí*).

Lleno de confianza me someto á su voluntad
iprema... y aguardo saber de vuestro labio
is sagrados decretos.

ALFAQUI (*con tono pausado y grave*).

El Dios de Ismael no te ha reservado en es-
s dias de prueba un trono de delicias... antes

bien va á depositar en tus manos la suerte de un pueblo desventurado, cautivo, reducido á forcejar entre los brazos de la muerte!... Sírvele de apoyo en la tierra... El Eterno vela en su guarda... y tambien es juez de los reyes!

ABEN HUMEYA.

Yo juro, ó sagrado pontífice, á la faz del cielo y de la tierra, regir estos pueblos en paz y justicia, y derramar mi sangre en su defensa... Ojalá que suban mis palabras al trono del Altísimo, y que el Dios de Ismael las acoja propicio!

ALFAQUI.

Escritas estan ya, por su diestra omnipotente, en el libro de tu destino... Al fin de los siglos, cuando haya desaparecido el mundo, las hallarás ante tus ojos!

(*Levántase Aben Humeya; y despues de un instante de pausa, prosigue el Alfaquí en estos términos:*)

A confiarte voy, en el nombre del Todo-poderoso, este sacro estandarte, que ha servido para la coronacion de veinte reyes, desde Alhamar hasta Muley Hazen... Nunca se ha visto humillado ante la cruz del infiel; y todavía ha de ondear en la gran mezquita de Granada!

(*Aben Humeya empuña el estandarte.*)

Hijos mios, ved aquí vuestro rey!..... Que el

jefe mas antiguo de estas tribus le reconozca por tal á nombre de todos.

ABEN JUHAR.

Por nuestro rey te reconocemos, ilustre nieto de los Abderramenes...

(*Inclínase contra el suelo, y besa la tierra en el mismo parage en que tenia Aben Humeya su pie derecho.*)

CASI TODOS LOS MORISCOS.

Viva Aben Humeya!!!

ALFAQUI.

Musulmanes, el curso de la luna señalaba hoy el dia santo, consagrado por la ley á las abluciones y á la oracion; y aun no habeis satisfecho deuda tan sagrada... Pero hallándoos ahora lejos de la vista de nuestros opresores, vuestros acentos se elevarán mas puros al cielo en el silencio augusto de la noche; y los primeros instantes de vuestra libertad serán ofrecidos en holocausto á su divino autor!

(*Vuélvense todos hácia el oriente; y asi que empieza la música, entonan el siguiente*)

CANTO MUSULMAN.

ALFAQUI.

Al Eterno ensalzad, Musulmanes!

TODO EL CORO.

No hay mas Dios sino el Dios de Ismael!

PRIMERA PARTE DEL CORO.

« Dios me envia, clamaba el Profeta;
Y su labio ha dictado esta Ley. »

SEGUNDA PARTE DEL CORO.

A su acento los ídolos caen;
Sumergidos en sangre se ven.

PRIMERA PARTE DEL CORO.

El Profeta gritó á las naciones:
« Dios lo manda; morid ó creed! »

SEGUNDA PARTE DEL CORO.

Y su diestra extermina al rebelde;
Y la tierra se postra á sus pies.

ALFAQUI.

Al Eterno ensalzad, Musulmanes!

TODO EL CORO.

No hay mas Dios sino el Dios de Ismael!

PRIMERA PARTE DEL CORO.

Dios es grande, y abarca el espacio:
Dios es fuerte; su rayo temed!

SEGUNDA PARTÈ DEL CORO.

Dios es Dios!...

(*Suena á lo lejos el toque de una campana: cesa de pronto el canto; y los Moriscos se muestran pasmados y suspensos.*)

ALFAQUI.

¿No escuchais?... ¿No escuchais?... Hijos de Ismael, los infieles os llaman para ir á idolatrar en su templo!

ABEN HUMEYA.

No; es la hora de la venganza, y la voz de la muerte!

TODOS LOS MORISCOS.

La muerte!!!

ALGUNAS VOCES (*desde lo hondo de la cueva*).

La muerte!......

(*Sacan todos el sable; algunos vuelven á tomar las hachas y teas encendidas.*)

ABEN HUMEYA.

Corramos, amigos, corramos sin tardanza... penetremos en la villa por mil puntos á un tiempo; entremos á hierro y fuego sus templos y moradas... En el seno de sus esposas, al pie de sus altares, en el asilo de nuestras casas, por todas partes hallen la segur de la muerte!

TODOS LOS MORISCOS.

La muerte!!!

ABEN HUMEYA.

Ni perdon ni piedad... tenemos que vengar en breves instantes medio siglo de esclavitud!

(*Abalánzase en medio de la turba, con el estandarte desplegado.*)

A las armas, Musulmanes!

TODOS LOS MORISCOS.

A las armas!

(*Salen de tropel, blandiendo los aceros y sacu-*

diendo las antorchas : el Alfaquí los acompaña hasta el pie de la subida, exhortándolos con la voz y el gesto.)

ALFAQUI.

Hijos de Ismael, herid y matad! El Dios de Mahoma os está mirando, y el Angel exterminador va delante!

TODOS.

A las armas!!!

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

El teatro representa la plaza de la villa de Cádiar. En el fondo se ve una antigua mezquita, que sirve de templo á los cristianos, y á la cual se sube por unas gradas. A cada lado de la iglesia habrá una calle, larga y angosta, ambas en cuesta. Tambien habrá otras que desembocan en la plaza.

ESCENA I.

PASTORES Y ZAGALAS, GENTE DEL PUEBLO, SOLDADOS CASTELLANOS.

(*Al alzarse el telon se ve una fogata en medio de la plaza. Aparecen grupos de gente del pueblo, y el coro de pastores y zagalas, cantando y bailando : algunos soldados castellanos estan mirando el baile.*)

VILLANCICO.

CORO.

Zagalas, pastores,
Venid á adorar
Al rey de los cielos,
Que ha nacido ya.

ZAGALA PRIMERA.

La noche va apenas
Su curso á mediar;
Y al sol no le envidia
Su luz celestial.

ZAGALA SEGUNDA.

Diciembre ha dejado
Su fuego y hogar;
Y á mayo le roba
La gala y beldad.

CORO.

Zagalas, pastores,
Venid á adorar
Al rey de los cielos,
Que ha nacido ya.

ZAGALA PRIMERA.

En nieve y escarcha
Se ven ya brotar
Claveles y rosas,
Laurel y arrayan.

ZAGALA SEGUNDA.

Con ramas y flores
La cuna adornad,
En tanto que un ángel
Meciéndola está.

CORO.

Zagalas, pastores,
Venid á adorar
Al rey de los cielos,
Que ha nacido ya.

ZAGALA PRIMERA.

Monarcas de Oriente
Van pronto á llegar,
Y ricas ofrendas
Al Niño traeran.

ZAGALA SEGUNDA.

Del campo los dones
Le placen aun mas;
Que en vez de palacio,
Nació en un portal.

CORO.

Zagalas, pastores,
Venid á adorar
Al rey de los cielos,
Que ha nacido ya.

(*Mientras estan cantando y bailando por última vez, óyese el toque de la campana.*)

UN SOLDADO.

Silencio!... ¿No estais oyendo?...

PASTORES Y ZAGALAS.

Vamos, vamos!...

OTROS.

Despues bailaremos.

(*Entran todos en la iglesia, cuya puerta se cierra luego: óyense al instante los ecos del órgano, y poco despues los acentos de un canto pausado y suave. Cuando se haya concluido la primera estrofa, y en tanto que solo se oye la música,*

se ve asomar por una de las calles del fondo á Aben Farax, acompañado de dos ó tres Moriscos, y por la otra al Partal y al Dalay, con otros cuantos. Vienen todos embozados en sus alquiceles y albornoces, y se acercan con el mayor recato. Asi que lleguen á las esquinas de la iglesia, y que ven despejada la plaza, sacuden en el aire los alquiceles blancos, para llamar á otros Moriscos, que vienen por diferentes puntos. Aben Farax y el Partal se juntan hácia el centro de la plaza, en medio de un grupo de Moriscos; otros se reunen en varios grupos, y hacen ademan de estarse concertando para la empresa. Reina el mayor silencio; y solo le interrumpe el eco lejano del canto.)

HIMNO.

ESTROFA I.

Cantemos al Señor, que la esperanza
Del pueblo de Israel colmó clemente:
Por siempre sella el pacto de alianza,
Y hasta el débil mortal bajar consiente.

CORO.

Enjuga, Sion, el llanto;
No mas signos de dolor!
Otra vez resuene el canto;
Que ha nacido el Salvador!

ESTROFA II.

La cándida paloma ya aparece,
Y el símbolo de paz muestra á la tierra:

Receja el mar; el iris resplandece;
Brama el infierno, y sus abismos cierra.

CORO.

Enjuga, Sion, el llanto:
No mas signos de dolor!
Otra vez resuene el canto;
Que ha nacido el Salvador!

ESTROFA III.

No es ya el Dios de venganza, cuya diestra
Ciudades en pavesas convertia;
Hoy cual astro benéfico se muestra,
Y cielo y tierra inunda en alegría.

CORO.

Enjuga, Sion, el llanto;
No mas signos de dolor!
Otra vez resuene el canto;
Que ha nacido el Salvador!

ESCENA II.

ABEN FARAX, EL PARTAL, EL DALAY, EL XENIZ Y OTROS MORISCOS.

ABEN FARAX.

Ya estan en la iglesia...

PARTAL.

Con eso tendrán menos que andar... bajo los pies tienen el sepulcro.

ABEN FARAX.

¿Se hallan prontos todos los nuestros?...

PARTAL.

Asi que demos el grito de exterminio, le repetirán por todo el pueblo, y llegará hasta el pie del castillo...

XENIZ.

Mucha lástima tengo á los que allí se encuentran... Ese Aben Humeya tiene el brazo tan pesado!...

ABEN FARAX (*pasando de un grupo á otro*).

¿Dónde está el Dalay?...

DALAY.

Aquí.

ABEN FARAX.

¿Estan ya marcadas todas las casas de los Castellanos?...

DALAY.

Y hasta las nuestras en que hay alguno de ellos.

ABEN FARAX.

Es preciso echar abajo las puertas, que no se abran de par en par ante vosotros... No hallen en parte alguna ni refugio ni asilo!...

PARTAL.

Cuidado, amigos, que no confundais á los Castellanos con otros... los distinguireis por el trage...

DALAY.

No es menester sino cerrar los ojos y dejar obrar los puñales.

ABEN FARAX.

Ve á ponerte delante de una de esas puertas, mientras el Partal va á posesionarse de la otra... Que hallen cerradas todas las salidas; y que si intentan abrirse paso, caigan muertos á vuestros pies.

DALAY.

Descuida...

PARTAL.

Seguidme...

(*Se van seguidos de muchos Moriscos, y cada cual se coloca con los suyos hácia el promedio de una de las calles del fondo, como para aguardar á los que intenten salir de la iglesia por las puertas de costado.*)

ABEN FARAX (*al Xeniz y á los que se han quedado con él*).

A nosotros nos cabe mejor suerte... vamos á ser los primeros que vertamos su sangre!

(*Aprestan sus armas.*)

XENIZ Y OTROS MORISCOS.

Vamos al punto, vamos!

(*Encamínanse con el mayor silencio hácia la puerta principal de la iglesia, ínterin que el

canto continúa, cada vez mas suave y apacible. Cuando se hallen reunidos ante la puerta y en las gradas, Aben Farax se vuelve á ellos, y les señala el cielo con su sable. Todos ellos gritan al punto :)

Mueran los Castellanos !

(*En todas las calles resuena el mismo grito.*)

ESCENA III.

(*Aben Farax y los suyos entran con ímpetu en la iglesia : óyese el estruendo; la gente quiere salir de tropel, y las dos hojas de la puerta se cierran de golpe. Al mismo tiempo se oyen estos varios acentos :)*

HOMBRES Y MUGERES.

Piedad !... por Dios !... piedad !

MORISCOS.

Mueran los Castellanos !

SOLDADOS.

Asesinos !...

(*Resuena en la iglesia el ruido de las armas; los soldados castellanos quieren abrirse paso con la espada; los Moriscos intentan impedírselo; pero son arrollados, y los Castellanos bajan por las calles del fondo, cruzan con presteza la plaza, y se van por una de las calles latera-*

les, perseguidos por los Moriscos y defendiéndose al arma blanca.)

SOLDADOS.

Al castillo!... salvémonos!

MORISCOS.

Mueran los Castellanos!... mueran!

TODOS.

Al castillo!!!

Al punto que los Moriscos hayan dejado libres las puertas de la iglesia, sale de tropel la gente del pueblo, pastores, mugeres, niños... Huyen por todas partes en la mayor confusion, y se van por las diversas calles. Asi esta dispersion como la anterior refriega deben verificarse en lo hondo de la plaza, de suerte que los actores no se presenten en el primer término del cuadro.)

ESCENA IV.

UN GRUPO DE MORISCOS, LA VIUDA DE UN CASTELLANO, UN MORISCO.

(Baja la viuda corriendo por una de las calles del fondo, con un niño en los brazos: un Morisco la persigue de cerca con sable en mano.)

VIUDA.

Mi hijo!... mi hijo!...

MORISCO.

En el infierno volverás á verle.

VIUDA.

Por Dios!...

(*Al momento mismo de pasar por delante de u de las calles laterales, sale por ella Muley C rime, y se interpone entre la viuda y el M risco, que estaba ya á punto de alcanzarla.*)

ESCENA V.

LOS MISMOS, MULEY CARIME.

MULEY CARIME.

¿Qué haces?

MORISCO (*queriendo descargar el golpe*).

Es hijo de un Castellano...

MULEY CARIME.

Detente! Yo te creia un hombre esforzado.. no un asesino.

(*La viuda, rendida de cansancio y de angustia está á los pies de Muley Carime, y abraza su rodillas, asi como el niño.*)

MORISCO.

Es que...

MULEY CARIME.

Ya lo sé: con la oscuridad de la noche t

s engañado... yo te disculpo... creias perse-ir á un enemigo... y es una muger!

(*El Morisco se queda confuso; apártase poco á poco y va á juntarse con los demas.*)

UN MORISCO (*en el grupo*).

Otra vez el viejo!... por todas partes se le ıcuentra.

MULEY CARIME (*á la muger*).

Levántate, infeliz... nada tienes ya que te-ıer... ¿Porqué me besas la mano? yo no he echo sino lo que debia.

MORISCO 1°.

¿Lo estais oyendo?... Ni aun trata de disimu-ar... siempre ha querido bien á los cristianos.

MORISCO 2°.

Quién sabe!... Tal vez lo será en el fondo le su corazon.

LA VIUDA (*al tiempo de levantarse*).

Asi, hijo mio... bésale los pies... acaba de salvarte la vida.

(*El niño lo ejecuta.*)

MULEY CARIME.

¿No tienes mas hijos que este?

VIUDA.

Es el único... y he estado á punto de perderle... ya le he visto traspasado en mis brazos!...

(*Abraza al niño con la mayor ternura.*)

MULEY CARIME.

No llores, buena muger, no llores... ¿ ves que afliges á ese niño?... Escucha : tono mas bajo) corres peligro si te vuelven hallar aquí... En este momento estan ciegos son capaces de todo... Ven conmigo; yo acompañaré hasta las puertas del pueblo, y indicaré un parage en que puedas guarecer

VIUDA.

Dios os bendiga!...Habeis salvado á este i feliz huérfano...

MULEY CARIME.

Ya me conoce el angelito... ¿Lo ves?... M toma la mano... Venid, venid conmigo.

(*Vanse por la calle opuesta á la que conduce castillo.*)

ESCENA VI.

LOS MORISCOS.

(*Quédanse por un momento callados y como absortos.*)

MORISCO 1°.

Ha salvado la vida á ese muchacho.... para alegar luego ese mérito.

MORISCO 2°.

Lástima es que haya tomado nuestro vestido... mejor le asentaba el trage castellano.

MORISCO 1°.

Se lo ha quitado esta noche, por no morir con sus amigos... pero le habrá guardado para mejor ocasion.

MORISCO 2°.

¿Y quién tiene la culpa?.... nosotros. ¿Porqué le hemos dejado escapar?...

ESCENA VII.

LOS DICHOS, ABEN ABO, ABEN FARAX.

(Aben Abó y Aben Farax desembocan por la calle que conduce al castillo, á tiempo de oir las últimas palabras.)

ABEN FARAX.

¿A quién?

MORISCO 1°.

Al hijo de un Castellano...

MORISCO 2°.

Que ha salvado Muley Carime.

ABEN FARAX.

¡Muley Carime!

MORISCO 1°.

¿Y porqué lo extrañas?... nada mas natural... Ha sido toda su vida el mas vil esclavo de los cristianos.

ABEN FARAX.

No hableis de él en esos términos.... debe tratarle con mas respeto... ¿No es suegro d vuestro rey?...

MORISCO 2º.

¡De nuestro rey!

MORISCO 1º.

Si se vuelve como Carime poco le durará e serlo.

ABEN ABO.

Eso es... echar fieros á sus espaldas, y despues temblar en su presencia.

ALGUNOS MORISCOS.

¡Nosotros!

ABEN ABO.

¿Pues no acabais de decirlo?... Con una palabra de Muley Carime, se os ha caido el puñal de las manos.

MORISCO 1º.

Si no se hubiera tratado de un niño!

ABEN FARAX.

Tienes razon, amigo... su padre tal vez degolló al tuyo.

MORISCO 1º.

Su hijo le vengará.

(*Vase al punto, haciendo seña á los demas para que le sigan; y desaparecen por la misma calle por la que se fue Muley Carime.*)

ESCENA VIII.

ABEN ABO, ABEN FARAX.

ABEN ABO.

Miserables!... Su furor se enciende y se apaga como lumbrarada de sarmientos.

ABEN FARAX.

¿Y quién nos quita aprovecharnos, á la primera ocasion favorable, de ese carácter impetuoso?... Quién sabe!... quizá este último lance pudiera sernos útil. — Ya empiezan á murmurar de Muley Carime; no será difícil trocar la desconfianza en odio.

ABEN ABO.

Mucho piensas en ese viejo.... Bien se echa de ver que te negó la mano de su hija, y que la entregó ante tus mismos ojos al rival que mas aborrecias...

ABEN FARAX.

Hace ya muchos años que he echado en olvido mi amor; pero no he olvidado mi afrenta.

ABEN ABO.

¿Y no ves mas que á Muley Carime, cuando intentas vengarla?...

ABEN FARAX.

Es que de un solo golpe espero herir dos víctimas.

ABEN ABO (*dándole la mano*).

Si hubieras visto al otro insolente, como acabo de verle yo!... He tenido que huir de su presencia; porque ya no podia contenerme. Todas sus proezas se reducian á haber degollado unos cuantos soldados, viejos, enfermos... otros que se hallaban sepultados en el sueño ó en la embriaguez... Pues bien: ¿lo creerás? Aben Humeya se mostraba envanecido, como si acabase de alcanzar una victoria... Ya se enseñoreaba del castillo; ya afectaba la magestad real..... «¿Quién es ese guerrero, se dignó preguntar, que ha subido por la escala antes que nadie?...» Como que mostraba deseos de recompensarle; mas al punto que oyó mi nombre, frunció el entrecejo, y no acertó á pronunciar ni una sola palabra.

ABEN FARAX.

No disimula su odio contra el nombre Zegrí... le mamó al nacer; corre por sus venas...

ABEN ABO.

Y yo tambien trasmitiré mi odio con mi sangre, á mis hijos, y á los nietos de mis hijos,

hasta la última generacion! A duras penas he podido ahogarle unos momentos, para reunir contra el enemigo comun las dos tribus rivales; mas cuando he visto á ese ambicioso ser el postrero que se haya empeñado en el levantamiento, para usurpar en el mismo instante la suprema potestad; cuando le veo aprestarse á insultarnos con su desaire, aun mas amargo que su enojo... no, Farax, no; no hemos nacido nosotros para ser sus esclavos.

ABEN FARAX.

¡Sus esclavos!... no te apures, Aben Abó; acaba de subir sobre un precipicio, y el pie va á deslizársele! Yo conozco á nuestros guerreros aun mejor que tú propio: en un arrebato de entusiasmo, le han proclamado rey... creian de buena fe que solo nombraban un caudillo, no que se sometian á un dueño... Pero si nuestras armas padecen el menor descalabro; si recae sobre él la mas leve sospecha... bajo su mismo techo vive ese viejo, padre de su muger, confidente de Mondejar, y dócil instrumento de sus órdenes... ha tenido la osadía de proteger en medio del tumulto la vida de algunos cristianos; procurará aun con sus consejos tímidos entorpecer nuestros esfuerzos... ¿Qué mas habemos menester, para deshacernos de entrambos?...

ABEN ABO.

Calla !... ¿no es él?... ¿aquel que viene allí con dos Castellanos?

ABEN FARAX.

Sí... no hay duda ; es Muley Carime...

ABEN ABO.

Ven, ven aquí...

ABEN FARAX (*poniendo sobre su corazon la mano de Aben Abó*).

¿Ves que aprisa late?... pronto nos veremos vengados.

(*Ocúltanse en el portal de una casa, sita cerca de la calle por donde desembocan los otros, y cuya puerta habrá sido derribada aquella noche. Despues sacan la cabeza de cuando en cuando, como acechando á Muley Carime y á Lara, y procurando enterarse de su conversacion. Antes de concluirse la escena anterior, empieza á clarear el dia, en términos de que puedan distinguirse los objetos.*)

ESCENA IX.

LARA, MULEY CARIME, UN ESCUDERO.

(*Este último traerá en la mano derecha una pica con una bandereta blanca, y en la izquierda un escudo muy rico.*)

MULEY CARIME.

En este sitio debeis aguardar, noble Lara... Ya he dado aviso de vuestra llegada; y dudo mucho que os consientan entrar en el castillo.

LARA.

Mas bien debo agradecérselo que darme por ofendido... asi me ahorrarán el ver á mis hermanos asesinados!... ¿Pero puedo hablaros ingenuamente, como un caballero honrado á su antiguo amigo?... Yo sabia las noticias que habia recibido Mondejar, anunciando inminente el peligro; ahora mismo estoy viendo con mis ojos estas ruinas, estos desastres... y sin embargo, todo cuanto percibo no me parece aun sino un sueño pesado... trabajo me cuesta darle crédito!

MULEY CARIME.

Y no obstante es la realidad.

LARA.

Vos mismo, que habeis sido hasta ahora el padre de estos pueblos, y su intercesor para con Mondejar, ¿cómo habeis podido tambien burlar su confianza, y dejaros arrastrar de una locura que tiene que costar tantas lágrimas?...

MULEY CARIME.

No es tiempo de inculpaciones ni de excu-

sas... ¿de qué servirian ya?... Por mi parte no he perdonado medio (Dios lo sabe) para librar á estos pueblos de tan graves desdichas... cuando recaigan sobre mí, las arrostraré con buen ánimo.

LARA.

No basta morir con denuedo, para cumplir con los deberes que nos impone la patria; cuando se la ve al borde del abismo...

MULEY CARIME.

Debe uno compartir su suerte...

LARA.

Antes bien salvarla.

MULEY CARIME.

Salvarla!... se conoce, noble Lara, que estais acostumbrado al tumulto de las armas y al horror de una lid campal; mas no teneis idea de un espectáculo aun mas espantoso y terrible... el levantamiento de un pueblo!

LARA.

No ignoro cuan difícil sea lograr que se oiga la voz de la razon, cuando arden todos los pechos en sed de venganza; pero tampoco ignoro la condicion del pueblo, tan feroz en el primer ímpetu, como inconstante en sus empresas, y cobarde en la adversidad. Fácil cosa es pelear con bizarría, cuando no se aventura sino la pro-

a vida, cara á cara del enemigo; pero cuando ve uno rodeado de poblaciones enteras, sin origo ni amparo, extenuadas de cansancio y e hambre; cuando no se ven por todas partes no mugeres y niños, demandando socorro á ritos, y amenazados de quedar esclavos... onsultad vuestro corazon; una hija teneis!

MULEY CARIME.

Sí...

LARA (*interrumpiéndole*).

¿Y estais seguro de tenerla mañana?

MULEY CARIME (*despues de una breve pausa*).

No sois padre, Lara; de cierto no lo sois... No me hubierais hecho entonces esa cruel pre-unta!

LARA.

No ha sido mi ánimo lastimaros con mis ex-presiones; antes bien han sido dictadas por la amistad mas sincera, por el mas vivo interes... Ni cómo pudiera yo disfrazaros la verdad en an terrible trance! Un dia, una hora, un ins-ante quizá va á decidir de la suerte de estos pueblos: si no rinden las armas, al punto que se les intime, su ruina es cierta, inevitable: salvadlos de su destruccion!... Mondejar con-taba con vuestra prudencia, con el influjo de vuestra familia, hasta con ese mismo Don Fer-

nando de Válor, que acaba de ponerse al fren de los sublevados...

MULEY CARIME.

Se ha visto, sin saber cómo, seducido p amigos pérfidos, arrastrado por la muchedur bre...

LARA.

¿Mas son ellos por ventura los que podrá salvarle?...

MULEY CARIME (*con tono abatido*).

Solo Dios...

LARA.

Y vos tambien.

MULEY CARIME.

¡Yo!

LARA.

Vos mismo.

MULEY CARIME.

No acierto á comprenderos...

LARA (*óyese ruido á lo lejos*).

Y no es esta ocasion ni lugar de explicarm mas claro... pero no pierdo la esperanza d hablaros otros cortos momentos antes de partir... Tal vez tendremos la dicha de impedir muchos males!..

(*Llegan por todas partes los Moriscos: Aben Ab y Aben Farax salen del portal, sin ser vistos*

de Lara ni de Muley Carime. Oyese, hácia el lado del castillo, el son de atabalejos y de otros instrumentos morunos; y poco despues se presenta Aben Humeya, acompañado de varios caudillos, y seguido de la muchedumbre. Todos los Moriscos salen armados con arcabuces, ballestas, hondas, etc. Algunos sacan tambien en la mano estandartes rojos. Colócanse por el recinto de la plaza, en las gradas de la iglesia, en las calles del fondo, de suerte que el conjunto forme un vistoso cuadro.)

ESCENA X.

LARA, MULEY CARIME, ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX, ABEN JUHAR, EL PARTAL, EL DALAY, EL XENIZ, EL ESCUDERO CASTELLANO Y MUCHOS MORISCOS.

ABEN HUMEYA.

Decid, noble Lara, á qué sois enviado... Dispuestos nos veis á escucharos.

LARA.

El ilustre marques de Mondejar, capitan general del reino de Granada, me envia á vos, don Fernando...

TODOS LOS MORISCOS (*interrumpiéndole de pronto*).

Aben Humeya!

ABEN HUMEYA.

(*Impone silencio á los suyos con el ademan, y despues se vuelve á Lara, que habrá manifestado alguna sorpresa.*)

Podeis continuar libremente; nadie volverá á interrumpiros.

LARA.

El ilustre marques de Mondejar me envia cerca de vos y de estos pueblos... y antes de servir de intérprete á tan digno caudillo, omito como inútil recordaros cuán acreedor es á vuestra veneracion, á vuestra confianza, y aun puedo decirlo sin recelo, á vuestra gratitud... Tan grandes y tan recientes son sus beneficios, que no habreis podido olvidarlos. De muchos años á esta parte, os ha gobernado con celo y con justicia... Ni se ha contentado con eso; sino que honrándose, entre tantos títulos de gloria, con el de vuestro protector natural, no vaciló un instante en ir á echarse á los pies del trono... No parecia un gefe solícito, intercediendo en favor de un pueblo; sino mas bien un padre, ofreciendo su vida por sus hijos!... ¿Y cómo habeis correspondido vosotros á tan hidalgo proceder?... No necesito sonrojaros; tended la vista en rededor... ó mas bien, mirad vuestras manos; teñidas estan de sangre inocente! — Y á pesar de todo, á la vista de

nta atrocidad, cuando se oyen aun los ayes e las víctimas, y cuando el brazo de la justia está ya alzado sobre vuestras cabezas, tomo o sobre mí dirigiros todavía pláticas de paz... onozco bien á Mondejar: le agrada mas el erdon que el castigo. Pero cuidado no os equioqueis, al calcular el motivo ó las resultas de ste paso!... Solo una sumision pronta, un incero arrepentimiento, un recurso á la clenencia del monarca, sirviendo de intercesor ese mismo gefe, vuestro ángel tutelar en la tierra, pueden preservaros hoy de una ruina cierta... Dios, únicamente Dios, pudiera salvaros mañana!

ABEN HUMEYA.

(*Se habrá mostrado como pensativo y distraido, al concluirse la alocucion de Lara.*)

Hola!... cargad de cadenas á ese Castellano, y conducidle á una mazmorra.

(*Algunos Moriscos dan muestras de obedecer, y despues se detienen indecisos.*)

LARA.

¡Y qué, vais á coronar tantos crímenes con este atentado!... Pero nadie se acercará impunemente á un soldado de los tercios de Castilla.

(*Echa mano al puño de la espada: el escudero*

hace ademan con la lanza de ponerse en defensa.)

ABEN HUMEYA.

Lara, el ánimo y esfuerzo nada valen en esta ocasion... Vais á experimentar, vos mismo, los tormentos que nuestros antiguos opresores nos han hecho sufrir... Ahora veremos hasta donde raya esa entereza castellana, de que blasonais tanto; ó si antes bien no preferis rescatar la vida á costa de vuestra sumision, de vuestros juramentos, de vuestra misma fe...

LARA.

¿Quién?... ¡yo, bárbaro!... renunciar yo, por salvar una vida sin honra, renunciar á mi rey, á mi patria, á la religion de mis padres!... Antes la muerte, mil veces la muerte!

ABEN HUMEYA.

(*Con sequedad y desaire.*)

Esa es nuestra respuesta. — Marchaos.

TODOS LOS MORISCOS (*arrebatados de entusiasmo*).

Viva Aben Humeya!!!

LARA (*despues de mostrarse un poco perplejo*).

Escuchadme... un momento siquiera...

ABEN HUMEYA.

¿Y qué teneis que añadir?... ¿Reconvenciones?... Ya las hemos oido. ¿Promesas?... No hay una sola que no hayais quebrantado. ¿Amenazas?... Resueltos estamos á morir.

MUCHOS MORISCOS.

Todos lo estamos!

OTROS MUCHOS MAS.

Todos!!!

LARA.

Pero teneis esposas, teneis hijos... ¿habeis pensado en su suerte?

ABEN HUMEYA.

Sí, hemos pensado en ella; y al punto hemos empuñado las armas.

VARIOS CAUDILLOS.

Y para no soltarlas jamas!... jamas!

ABEN HUMEYA.

Ya estais oyendo, Lara... ¿qué esperais?...

LARA (*tras una corta pausa*).

Voy por última vez á poner vuestra suerte en vuestras manos; mas no olvideis, en tan fatal momento, que sereis responsables ante Dios y los hombres de cuanta sangre se derrame!

(*Toma la lanza que tenia el escudero, clávala en la tierra, y cuelga de ella el escudo. Vuelve luego á su puesto.*)

Habitantes de estas sierras!... el marques de Mondejar os envia su propio escudo, en señal de proteccion y como prenda inviolable de paz... ¿Quereis guardarle en vuestro poder, y

volver inmediatamente á la obediencia del re de Castilla?

VARIOS MORISCOS.

No!

OTROS MUCHOS.

No!!! (*Tiran piedras y flechas contra el escudo y échanle por tierra.*)

ABEN ABO.

(*Coge un tizon ardiendo de la hoguera, otros Moriscos siguen su ejemplo, y van á pegar fuego á la iglesia.*)

Dí á Mondejar que venga á tomar posesion de la villa... nosotros mismos vamos á iluminarle el camino!

LARA.

¿Qué haceis?... Acabais de pronunciar vuestra sentencia de muerte!

(*Hace una seña al escudero, que vuelve á tomar inmediatamente la lanza y el escudo.*)

ESCENA XI.

LOS MISMOS DE LA ESCENA ANTERIOR, EXCEPTO LARA Y SU ESCUDERO.

ABEN HUMEYA.

Id, Muley Carime, acompañad á ese en-

iado, y no le perdais de vista hasta que esté uera del pueblo.

Vase Muley Carime: Aben Farax sigue á corta distancia sus pasos, acompañado de algunos de su bando.)

ESCENA XII.

LOS MISMOS, EXCEPTO MULEY CARIME, ABEN FARAX Y LOS SUYOS.

ABEN HUMEYA.

Y vos, Aben Juhar, partid al instante... poneos al frente de nuestros pueblos sublevados, é impedid al enemigo que cruce el rio de Orgiba.

ESCENA XIII.

LOS DICHOS, MENOS ABEN JUHAR.

ABEN HUMEYA.

Está echado el resto: acabais de oirlo de la misma boca de nuestros contrarios: ni paz ni tregua cabe ya entre nosotros; no nos dejan mas alternativa que el triunfo ú el cadalso!

MUCHOS MORISCOS.

Con gusto la aceptamos!

ABEN HUMEYA.

¡Cuán satisfecho estoy, en este instante, a verme rey de tal nacion!

PARTAL.

Antes pereceremos que volver al antiguo yugo.

ABEN HUMEYA.

Quien no teme la muerte, está cierto de la victoria. Seguidme, amigos, seguidme: demos nosotros mismos la señal de pelea; y no repita el eco de estos montes sino acentos de guerra!

TODOS.

Viva Aben Humeya!!!

(*Oyese el eco de las aclamaciones y de los instrumentos militares. El incendio de la iglesia va en aumento; empiezan á caer puertas y ventanas, y dejan ver el interior del templo ardiendo, al mismo tiempo que está nevando á copos.*)

FIN DEL SEGUNDO ACTO.

ACTO TERCERO.

El teatro representa un salon de un antiguo castillo de Moros. Cerca de los espectadores, y á su mano derecha, se hallan situados el aposento de Muley Carime y el de Zulema, cuyas puertas estan cubiertas con tapices. En el mismo lado se ve un antiguo relox, apoyado contra una columna; y en el lado opuesto dos ventanas, por las que se descubre una parte de la villa, alumbrada con el reflejo de la luna. En el fondo del salon, que termina en arcos sustentados en columnas, se ven á entrambas manos dos escaleras paralelas, que conducen á una galería trasversal, elevada sobre el nivel del teatro, y en cuyo promedio desemboca un largo corredor. Debajo de la galería, entre las dos escaleras, se descubre la entrada de los subterráneos, resguardada con verjas de bronce. Una grande lámpara, colgada de la bóveda, alumbra una parte de la estancia.

ESCENA I.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA, MUGERES Y ESCLAVAS.

(*Aben Humeya, Zulema y Fátima estan sentados en almohadones á un lado del teatro : á cierta distancia, se ve un grupo de mugeres y esclavas, de las cuales una está cantando, y las otras acompañándola con tiorbas.*)

ROMANCE MORISCO.

Al dejar Aben Hamet
Por siempre á su amada patria,
A cada paso que da,
El rostro vuelve y se para;
Mas al perderla de vista,
Las lágrimas se le saltan;
Y en estos tristes acentos
Despídese de Granada:
« A Dios, hermoso vergel,
Tierra del cielo envidiada,
Donde por dicha nací,
Donde morir esperaba,
De tu seno y de mi hogar
Mi dura estrella me arranca;
Y me condena á vivir
Y á morir en tierra extraña...
Y pues por última vez
Te miro en hora menguada,
A Dios, Granada, por siempre!
A Dios, patria de mi alma!... »

« Una y otra primavera,
Errando triste en la playa,
Las golondrinas veré
Dejar la costa africana,
Cruzar el mar presurosas,
Tender el vuelo á Granada,
Y el nido tal vez labrar
En el techo de mi casa...
¡Ay, cuánta envidia os tendré,
Avecillas fortunadas,

Y cuán gozoso mi suerte
Por vuestra suerte trocára!
Mas vuestra misma ventura
Vendrá á renovar mis ansias,
Sin que en la vida me quede
Ni consuelo ni esperanza... »
Calló el Moro: dió un suspiro;
Y al trasponer la montaña,
Por última vez repite:
« A Dios, patria de mi alma!... [1] »

ESCENA II.

ABEN HUMEYA, ZULEMA, FATIMA.

(*A las primeras palabras que pronuncia Zulema, levántase Fátima, y hace que se retiren las mugeres y esclavas.*)

ZULEMA.

Ese romance tiene un acento tan sentido, tan tierno, que llega al corazon y le lastima... No le oigo cantar ni una sola vez sin que se me salten las lágrimas...

ABEN HUMEYA.

Es que tú misma como que te complaces en

[1] Alude al sitio llamado *el Suspiro del Moro*, último punto de donde se divisa á Granada, yendo camino de las Alpujarras.

esa tristeza, que cada dia va en aumento, á costa de tu felicidad y de la mia.

ZULEMA.

Al contrario, hago cuanto está de mi parte por alejar de mi alma todo lo que puede afligirme...

ABEN HUMEYA.

¿Tienes algun disgusto, algun pesar secreto?...

ZULEMA.

¡Secretos para contigo!... ¿Hablas de veras? En mi vida he tenido un pensamiento que no sea tuyo. — Mas ni yo misma puedo explicar la causa de esta melancolía que me consume... Con frecuencia me sucede, durante el curso del dia, estar ansiando que llegue la noche, por descansar siquiera; y si llego á cerrar los ojos, cansada ya y rendida, no hay sueño triste ni imágen espantosa que no venga á atormentarme, hasta que despierto sobresaltada... Anoche mismo... pero no quiero entristecerte... á bien que te veo junto á mí, y mi padre descansa alli tranquilo!

ABEN HUMEYA.

Mas ahora ¿qué tienes que temer?...

ZULEMA (*tomándole la mano con cariño*).

¿Qué tengo que temer?... tú no amas, Aben

Humeya, tú no amas!... Ahora recuerdo, y con cierta ternura, la vida sosegada que disfrutabamos en nuestra casa de campo: alli no tenias enemigos ni rivales; contribuias á la dicha de muchos; y todo cuanto nos rodeaba anunciaba la paz y la ventura... Pues, á pesar de todo, ¿lo creerás?... aun alli mismo hallaba motivos de estar con zozobra... ¡Qué diferencia, querido mio, qué diferencia! los pesares de ayer me parecen hoy el colmo de la dicha... Te lo confieso ingenuamente: desde que ha cambiado nuestra suerte; desde que te veo rodeado de ese vano esplendor, que tantos peligros encubre, no preveo sino un cúmulo de desgracias... ¿Eres tú mas dichoso?... Tú no me dirás la verdad; ya lo sé.

FATIMA.

Pues yo, por mi parte, estoy muy contenta, al verme hija de un rey... todos me lo dicen; y tengo tanto gusto en oirlo!... Lo único que no puedo sufrir es este castillo... no sé qué tiene, tan triste y tan opaco, que me acongoja el alma... ¡Cuánto mas hermosa y alegre era nuestra casa de campo!... toda ella la andaba yo, lo mismo de noche que de dia; pero aqui no haria otro tanto por nada del mundo!

ABEN HUMEYA (*sonriéndose*).

No eres muy valiente, Fátima... yo creia

que las hijas de los reyes no tenian miedo.

FATIMA.

No es miedo lo que tengo; de veras lo digo; pero he oido contar cosas tan espantosas!.. En este mismo castillo vivió algun tiempo *Abdilehí el Zagal*, á quien maldijo el cielo, por haber prestado ayuda al rey de Castilla.... hasta la piedra en que solia sentarse se ha vuelto mas negra que el humo... pero lo que mas pavor me causa son esas manchas de sangre, de que estan salpicadas las paredes... Yo no quiero á los cristianos... nos han hecho tanto mal!...pero(Dios me lo perdone!)cuando recuerdo su degüello, como que siento lástima...

ZULEMA.

Calla, hija, calla...

ABEN HUMEYA.

Déjala... cuando la estoy oyendo, no pienso en nada del mundo.

FATIMA.

El primer favor que tengo que pediros, es que no nos quedemos aqui... no seremos felices hasta que perdamos de vista estos muros... Si hubierais oido lo que me decia esta mañana mi esclava, la vieja egipcia!... dentro de seis lunas, á mas tardar, nos veremos ya en Granada... A fe mia que entonces no tendré mie-

o, y no volvereis á hacer burla de mí... a
iedia noche he de recorrer todo el palacio de
a Alhambra!

ZULEMA.

¿Has perdido el juicio, muchacha?

ABEN HUMEYA.

Déjala por tu vida... ¿qué te decia la esclava, hija mia?

FATIMA.

¡Oh! me anunciaba montes y maravillas; y yo le rogué mil veces que me lo repitiera... « Tu padre, me dijo, se verá en breve señor de Andalucía, y echará á los cristianos mas allá de Sierra Morena... Por lo que hace á tí... » lo que me pronosticó á mí, no me atrevo á decirlo.

ABEN HUMEYA.

¿Y porqué?... ¿era acaso algo malo?...

FATIMA.

¡Malo!... á buen seguro que no; me ha predicho que me casaré con un gran príncipe... Pero no por eso me apartaré de vuestro lado, madre mia; mi esposo y yo viviremos en Generalife!

ZULEMA.

Sin gana me haces reir... En mi vida te he visto tan alegre.

ABEN HUMEYA.

Tambien tengo yo mucho gusto en verte tí menos triste.

ZULEMA.

(*Volviéndose con inquietud hácia la galería de fondo.*)

¿Qué ruido es ese?...

ABEN HUMEYA.

No es nada... tal vez el viento, que silba en ese corredor.

ZULEMA.

Me parecia haber oido pasos...

ABEN HUMEYA.

¿Y quién pudiera venir á estas horas?...

ZULEMA.

Qué sé yo!... pero me parece como que oigo rumor mas cerca...

(*Escuchan con suma atencion.*)

No me engañaba, alguien viene...

(*Aben Abó y Aben Farax se presentan á la salida del corredor, y aguardan á que Zulema y Fátima se retiren.*)

ABEN HUMEYA.

Son Aben Abó y Farax.

ZULEMA.

¿Y qué buscan aqui?... Con solo verlos, me he inmutado toda.

ABEN HUMEYA.

No tienes porqué asustarte... Ve á recogerte sin el menor recelo.

ZULEMA.

A Dios... hasta mañana.

ABEN HUMEYA.

Hasta mañana... y que te halle yo mas alegre.

(*Vase Zulema, dejando entrever su inquietud: Aben Humeya se muestra distraido, como si se le hubiese ocurrido de pronto un triste pensamiento.*)

FATIMA.

¿Y esta noche no hay para mí un beso?...

ABEN HUMEYA (*besándola*).

Sí, hija mia... con toda mi alma.

FATIMA.

Toda la noche voy á estar soñando con el palacio de la Alhambra.

(*Vase, mostrando viveza y regocijo.*)

ESCENA III.

ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX.

(*Entran los dos últimos con paso lento y aire misterioso, y cada uno de ellos se coloca á un lado de Aben Humeya.*)

ABEN ABO.

Te traemos, Aben Humeya, una nueva fatal...

ABEN FARAX.

Y nos vemos forzados á traspasar con ella tu corazon.

ABEN HUMEYA (*con suma presteza*).

¿Ha muerto mi padre?

ABEN ABO.

Aun estaba ayer vivo.

ABEN HUMEYA.

Pues nada tengo que temer: acabo de separarme en este instante de mi esposa y de mi hija.

ABEN ABO.

¡Ah! esa misma esposa y esa hija son las que van á costarte lágrimas de sangre...

ABEN FARAX.

Su felicidad y la tuya acabaron ya para siempre.

ABEN HUMEYA.

¿Qué decis?... No mas misterios!... Aun la mayor desdicha la prefiero á esta incertidumbre.

ABEN ABO.

Cuando toques la realidad...

ABEN HUMEYA.

No importa : quiero saber cuanto haya... decidlo.

ABEN ABO (*á Farax*).

A tí te toca...

ABEN HUMEYA.

¿Y porqué no lo haces tú?...

ABEN ABO.

Ya adivinarás el motivo, cuando sepas el crímen y el culpable.

ABEN HUMEYA (*con impaciencia*).

¿Qué crímen, qué culpable?

ABEN ABO.

Han tratado de vendernos con la traicion mas negra...

ABEN HUMEYA.

¿Y porqué temes descubrirla?

ABEN ABO.

Si temo, es solo por tí...

ABEN HUMEYA.

¡Por mí!... Haces mal, Aben Abó, en to-

marte ese cuidado... Si hay peligros, los arrostraré; si hay culpables, sabré castigarlos.

ABEN ABO.

Mucho tiempo te ha de temblar la mano, antes que descargues el golpe...

ABEN HUMEYA.

Decid el nombre del reo; y el rayo no será mas pronto.

ABEN ABO.

Muley Carime... ¿Qué es eso?... ¿Mudas de color?... Vuelve en tí, Aben Humeya...

ABEN FARAX.

Nos da lástima verte asi.

ABEN HUMEYA.

(*Quédase, durante unos momentos, desconcertado y confuso; pero recobrándose luego, dice con tono grave:*)

¿Y en qué indicios se funda tan extraña sospecha?

ABEN ABO.

Ojalá que no fuesen mas que indicios!... Hubieramos podido cerrar los ojos.

ABEN FARAX.

No son indicios, sino pruebas.

ABEN HUMEYA.

¿Pero son ciertas?

ABEN FARAX.

Irrefragables.

ABEN HUMEYA.

¿Hay testigos?

ABEN ABO.

Uno.

ABEN HUMEYA

¿Y ese le acusa?...

ABEN ABO.

No, que le condena.

ABEN HUMEYA.

Puede engañarse...

ABEN ABO.

No puede.

ABEN HUMEYA.

O desear su perdicion...

ABEN ABO.

A toda costa quisiera salvarle.

ABEN HUMEYA.

¿Es amigo suyo?

ABEN ABO.

Aun mas.

ABEN HUMEYA.

¿Quién es pues?

ABEN ABO.

Él mismo.—Puedes guardar esa carta, si quieres... ya es público su contenido.

(*Entrega un papel á Aben Humeya, quien lo lee para sí, dejando entrever su turbacion.— Aben Abó y Aben Farax le observan con el mayor*

ahinco, en tanto que él permanece inmóvil, con los ojos clavados en la carta.)

ABEN HUMEYA.

(*En un momento de distraccion, mientras está cavilando.*)

Desventurada!... no te engañaba tu corazon... bien tienes que llorar!...

(*Fija la atencion en el papel, como si volviese á leerle.*)

ABEN FARAX.

Ved como aun conservaban esperanzas de volvernos á someter al yugo... No aguardaban sino un momento de flaqueza, para remachar nuestros grillos.

ABEN ABO.

Mas, por lo menos, no puede tachársele de ingrato... No te echaba en olvido, Aben Humeya... solicitaba tu indulto, y se proponia salvar á tu familia, á costa de nuestra libertad... El ejemplo de Boabdil, disfrutando en Africa sus infames tesoros, parecia tentador á los ojos del pérfido...

ABEN HUMEYA (*con tono severo*).

Basta.—¿Cómo ha caido en vuestras manos este pliego?...

ABEN FARAX.

Lara, que era el portador, le ha dejado en el camino.

ABEN HUMEYA.

¿Dónde le habeis hallado?

ABEN FARAX (*con frialdad*).

Sobre su cadáver.

ABEN HUMEYA.

¿Y asi habeis quebrantado, con una emboscada alevosa?...

ABEN FARAX.

Proseguid, Aben Humeya... ¿porqué os deteneis?... Cuando se acaba de desbaratar una traicion indigna, cabe oir á sangre fria reconvenciones y cargos. Nosotros habiamos visto al enviado Castellano en plática misteriosa con Muley Carime, y hasta habiamos cogido algunas palabras sueltas... conociamos á fondo á ese viejo apocado; sabiamos sus designios, sus antiguos vínculos con Mondejar... Seguros estabamos de que no dejaria escapar la única ocasion con que la suerte parecia brindarle; y tampoco debiamos desperdiciar nosotros la sola que ya nos quedase para arrancarle la máscara y confundirle... ¿Es culpa nuestra por ventura el que ese Castellano orgulloso haya preferido morir antes que ceder?... Durante su agonía, quiso el cielo que descubriese el crímen por los mismos medios con que procuraba ocultarle; y solo despues de su

muerte fue cuando hallamos bajo su mano ese pliego fatal.

(*Coloca su mano sobre el pecho, como para imitar la accion de Lara.*)

ABEN ABO.

Por cierto que no deja ni asomo de duda: el delito está patente; el mismo reo le ha sellado con su mano...

ABEN FARAX.

Y debe en breve sellarle con su sangre.

ABEN ABO.

¿Hay alguien que lo dude?... Todo lo hemos aventurado por salir de tan odiosa esclavitud... ¡Y dejariamos expuesta nuestra suerte á las tramas de algunos traidores!... Nadie será osado á proponérnoslo; no sabriamos nosotros tolerarlo.

ABEN HUMEYA.

Tampoco tolero yo advertencias ni amenazas... Ya habeis cumplido con vuestro deber; yo cumpliré con el mio.—Idos.

ABEN ABO.

No ha sido nuestra intencion dirigiros advertencias ni amenazas... ¿Mas empezais tan pronto á reputar como insulto el recordaros vuestros juramentos?...

ABEN HUMEYA.

No los he echado en olvido, para que sea menester recordármelos.

ABEN ABO.

Quien vacila al cumplirlos, no está ya lejos de olvidarlos.

ABEN HUMEYA.

Aun menos lejos está de castigar á un insolente. — Idos... idos!... (*Apártase, descubriendo su ira. Farax coge del brazo á Aben Abó, y se le lleva consigo.*)

ABEN ABO (*deteniéndose un poco en medio del camino*).

¡Cuánto me cuesta refrenar mi justa indignacion!...

ABEN FARAX.

Vamos, y no malgastemos el tiempo... ve á ponerte al frente de nuestros parciales... yo voy á posesionarme de las salidas secretas del castillo.

ABEN ABO (*al alejarse*).

Pronto volveré!

(*Vanse.*)

ESCENA IV.

ABEN HUMEYA.

(*Aparece muy agitado : ya se pasea apresuradamente, ya se para de pronto; corta sus discursos, y vuelve luego á proseguirlos; muestra en fin de todos modos las dudas é incertidumbre con que está batallando su ánimo.*)

¿Qué has hecho, desdichado, qué has hecho?... Me has entregado indefenso en manos de mis enemigos!... Pero no lo habrás hecho impunemente, no; yo arrojaré tu cabeza sangrienta á la cara de esos audaces!—¿Y porqué dudo ni un momento siquiera?... Nos ha vendido; pues que muera!... ¿Cabe nada mas justo?... Este ejemplar contribuirá tambien á impedir otras tentativas culpables, cerrará la boca á mis émulos, afirmará mi trono... ¿Mas es seguro que lo afirme?... En mi familia, en mis hogares, va á mostrarse á los pueblos indignados el primer traidor á la patria; desde el mismo cadalso llamará *hijos suyos* á mis propios hijos!... Tal vez es eso lo que con mas afan anhelan esos pérfidos; les duele en el alma no verme ya humillado á los ojos del pueblo, para socavar con el desprecio mi autoridad reciente,

mientras hallan ocasion de derribarla. Desean verme sonrojado, al pronunciar el nombre del reo, y que vuelva á mi casa, lleno de dolor y vergüenza, para hallar en vez de consuelo las quejas y reconvenciones de mi afligida esposa!... No; viva, viva... Es preciso salvar al padre de mi muger... y que el gozo de mis enemigos no sea tan colmado. Pero ¿de qué arbitrio valerme?... Ellos se apresurarán á divulgar la traicion; á la hora esta ya se sabe la muerte de Lara y la carta que han hallado en su seno; me estrecharán á que presente la prueba del delito... ¿Cómo los desmiento yo?... La mas leve contradiccion, la menor demora me perderia á los ojos de un pueblo arrebatado, suspicaz, que acaba de romper sus hierros, y que sufre á duras penas aun la sombra de mando... En vez de salvarle yo, me llevaria consigo en su caida... pues perezca, perezca él solo!— Mas no acierto á salir de este círculo fatal: la mancha de su castigo va á recaer sobre mi esposa, sobre mis hijos, sobre mí... va á morir siendo el blanco de la ira del cielo, de las maldiciones de cien pueblos, de los insultos de una turba desenfrenada... y yo, su amigo, su huésped, yo que aun hoy mismo le apellidaba *padre*, tendré que firmar su muerte, que presenciarla, que aplaudirla!... No; no podria

yo sobrevivir á humillacion tan grande ; es forzoso impedirla á toda costa!... Un medio... un medio... uno solo... sea cual fuere, y le abrazo al instante.— (*Volviéndose hácia el aposento de Muley Carime.*) ¡Ah! no es tu vida, miserable, no es tu vida la que detiene y embaraza mis pasos; te arrastro como un cadáver, que me han atado estrechamente al cuerpo! ¿Y porqué no me desprendo dél?... Puedo y debo hacerlo; lo haré. No mas indecision, no mas dudas : de un solo instante puede pender mi suerte!... Antes que esos malvados tengan tiempo de volver en sí; mientras deliberan y traman el plan para perderme, confundamos sus proyectos con un golpe decisivo... ¿No me pediais ahora mismo, no me intimabais con tono imperioso la muerte del culpable?... Pues bien; aguardad un instante; voy á dejaros satisfechos... mas llevará consigo vuestras esperanzas, y las hundirá en el sepulcro.

ESCENA V.

ABEN HUMEYA, ALIATAR.

ABEN HUMEYA.

Aliatar!... Aliatar!...

(*Preséntase el esclavo negro, asomándole un puñal por la faja.*)

¿Dónde estan los demas esclavos?

ALIATAR.

En el patio del castillo.

ABEN HUMEYA.

¿Estás solo?

ALIATAR.

Solo.

ABEN HUMEYA.

¿Nadie nos oye?

ALIATAR.

Nadie.

ABEN HUMEYA.

Ve, y despierta á Muley Carime... que venga al punto; aqui le aguardo.

(*Mándale con una seña que se acerque, y despues le dice en secreto:*)

Tú te colocarás allá en lo hondo, en lo mas oscuro, al desembocar del corredor... Si le ves salir, quedándome yo... pásale el pecho.

(*El esclavo parte con precipitacion.*)

Aguarda! (*Despues de una breve pausa.*) Tu cabeza pende del secreto.

(*El esclavo contesta inclinando sumisamente el cuerpo, y vase al punto.*)

ESCENA VI.

ABEN HUMEYA.

(*Paséase en silencio, suelta las palabras que siguen, y despues se echa en los cojines, abatido y caviloso.*)

Durmiendo está con el mayor sosiego... y tal vez ahora mismo sueña que es feliz!... Conserva tu sueño, desventurado, consérvale otro instante siquiera... vas á despertar por la última vez!...

(*En el intervalo que media entre ambas escenas, el esclavo cruza el teatro, y va á colocarse en el puesto indicado, de suerte que le divisen á lo lejos los espectadores.*)

ESCENA VII.

ABEN HUMEYA, MULEY CARIME.

MULEY CARIME.

¿Qué motivo tan urgente te ha obligado á llamarme á estas horas?...

ABEN HUMEYA.

Un asunto muy grave que tengo precision de consultaros.

MULEY CARIME.

Y has querido aprovechar el silencio y la soledad de la noche... ó tal vez ese asunto importante debe estar resuelto antes que raye el dia...

ABEN HUMEYA (*señalando el relox de la sala*).

Mirad alli, mirad!

MULEY CARIME.

Acaba de dar la una...

ABEN HUMEYA.

Pues antes que dé otra hora, ya ese grave asunto se verá terminado.

MULEY CARIME.

¡Terminado!...

ABEN HUMEYA.

Y para siempre......

(*Quédanse en silencio unos instantes.*)

MULEY CARIME.

Me parece que estás muy pensativo, Aben Humeya... A pesar de tus conatos, veo claramente que te aflige una grave pena.

ABEN HUMEYA.

Es un secreto fatal...

MULEY CARIME.

¿Y porqué tardas en confiármelo?...

ABEN HUMEYA.

No tengais tanto afan por saberlo... Siempre

tiene que pesar sobre mi corazon, y no vais á poder con él.

MULEY CARIME.

Mas, ¿qué secreto es ese?... ¡Ah! bien te lo habia yo dicho: ni el engrandecimiento ni el poder alcanzan á darnos en el mundo un solo dia feliz; has perdido la paz del ánimo; has comprometido tu suerte; lo has sacrificado todo por un pueblo inconstante, que te abandonará cuando apremie el peligro...

ABEN HUMEYA.

Y al que he jurado defender aun á costa de mi vida... ¿Lo habeis oido, Muley Carime?... *aun á costa de mi vida...*

MULEY CARIME.

¿Y á qué fin me diriges esas palabras?...

ABEN HUMEYA.

Os ruego meramente que las peseis.

MULEY CARIME.

No te comprendo...

ABEN HUMEYA.

Pues ahora vais á comprenderme. Todo lo he sacrificado por redimir del yugo á estos pueblos... vos mismo acabais de decirlo; y ellos, á su vez, han depositado en mí su confianza, su poder, su futura suerte... ¿Cumplirán sus promesas?... Dios lo sabe!... Yo sé que cumpliré las mias.

MULEY CARIME.

¿Y quién te dice?...

ABEN HUMEYA.

No me interrumpais. — Yo tengo un padre anciano, cuya vida me importa mucho mas que mi vida... está entre las garras de mis enemigos, cargado de cadenas, con la cuchilla á la garganta... lo sé, lo sabia cuando dí la señal contra sus verdugos; y ellos saben tambien el medio de vengarse de mí!

MULEY CARIME.

¿Mas porqué te anticipas á sentir las desgracias, antes de que sucedan?...

ABEN HUMEYA.

Escuchadme un instante; voy á concluir. Yo he agravado el peligro en que se halla mi padre; cada golpe que descargo, puede acelerar su muerte; y sin embargo, no he vacilado un punto. Pensad, pensad vos mismo si habrá algo en el mundo que pueda contenerme!

MULEY CARIME.

¿Porqué me echas esas miradas?... ¿Qué quieres decirme con ellas?

ABEN HUMEYA.

Ya que os he mostrado hasta el fondo de mi corazon, voy á consultaros sobre aquel grave asunto... y adivinareis desde luego cuá-

les pueden ser las resultas.—En nuestro mism seno hay un traidor...

MULEY CARIME.

¡Un traidor!... ¿Lo sabes de cierto?

ABEN HUMEYA.

De cierto. Vos mismo vais tambien á quedar convencido. — ¿Qué castigo merece?...

MULEY CARIME.

¿Tiene hijos?...

(*Aben Humeya se queda callado.*)

¿No me contestas, Aben Humeya?...

ABEN HUMEYA.

No los tendrá mañana.

MULEY CARIME (*á parte*).

¡Qué recuerdo, Dios mio!...

ABEN HUMEYA.

Parece que os turbais...

MULEY CARIME.

No por cierto... compadezco á ese desdichado; soy padre como él!

ABEN HUMEYA.

Bien se echa de ver que os inspira mucha compasion... ¿Sabeis por ventura quién sea?

MULEY CARIME.

¿Y cómo quieres que lo sepa?...

ABEN HUMEYA.

Recapacitad un poco.... recorred vuestra

memoria... tal vez el corazon os ayudará tambien...

MULEY CARIME.

Mas fácil seria que tú me lo dijeses...

ABEN HUMEYA.

¿Quereis forzarme á ello?

MULEY CARIME.

Yo no te fuerzo, antes te lo suplico.

ABEN HUMEYA.

Y por mi parte haria el mayor sacrificio, á trueque de evitarlo.

MULEY CARIME.

¿Y porqué te cuesta tanto pronunciar el nombre del reo?

ABEN HUMEYA.

Porque al salir de mi boca, lleva consigo la sentencia de muerte!

MULEY CARIME.

¡La sentencia de muerte!

ABEN HUMEYA.

Y en el mismo instante. —

MULEY CARIME (*con voz alterada*).

Mucho me compadece ese desgraciado; te lo confieso... mas puesto que estás empeñado en decirme su nombre...

ABEN HUMEYA.

Al contrario; no vais á oirle.

MULEY CARIME.

¿No?...

ABEN HUMEYA.

Vais á verle con vuestros propios ojos.

(*Aben Humeya le muestra abierta la carta; Muley Carime la aparta con la mano.*)

MULEY CARIME.

Basta.

(*Despues de un corto intervalo, y al mismo tiempo que mira á Aben Humeya, señalándole el aposento de su muger.*)

¿Eres tú el único depositario de este secreto?

ABEN HUMEYA.

Tambien lo saben otros.

MULEY CARIME.

¿Quién?

ABEN HUMEYA.

Aben Abó y Farax.

MULEY CARIME.

Ya sé la suerte que me espera.

ABEN HUMEYA.

¿La sabeis?

MULEY CARIME.

Y la aguardo tranquilo.

ABEN HUMEYA.

(*Echa una ojeada al rededor de la sala, saca del seno un pomo de oro, le abre y se le da.*)

Tomad, y salvaos.

(Vuelve á otro lado el rostro, y se arroja sobre los almohadones.)

MULEY CARIME.

(Toma el pomo, bebe el veneno, y clava los ojos en Aben Humeya; despues se acerca á él, y le dice:)

Tú reinarás.

(Ambos permanecen, durante unos instantes, en la misma actitud.)

Escúchame, Aben Humeya, escucha... me conoces muy tarde... demasiado tarde!... Te habias equivocado en el concepto que de mí tenias; pero tu corazon me está haciendo en este instante plena justicia; él propio me venga, y te humilla ante mí... tu mano temblaba mas que la mia al coger el veneno! Muy lejos estaba yo de querer á nuestros opresores... los aborrecia con toda mi alma, tanto como tú, aun mas todavía... me han hecho mas tiempo infeliz!... pero era padre, Aben Humeya, era padre, y veia en riesgo á mis hijos... Desventurado! por tu esposa y por tu hija temblaba, cuando tú me acusabas de flaqueza!... (*Reprimiendo su enternecimiento.*) El amor á mis hijas me cuesta la vida: ya lo ves, Aben Humeya; muero por salvarlas... mas no quisiera llevar al sepulcro el pesar de haber

hecho en balde tamaño sacrificio... ¿quier prometérmelo?...

ABEN HUMEYA (*levantándose*).

Y yo... ¿qué puedo hacer en eso?...

MULEY CARIME.

Empéñame tu palabra... y veré mas tranquilo acercarse mi última hora.

ABEN HUMEYA.

Si depende de mí...

MULEY CARIME.

De tí depende.

ABEN HUMEYA.

Pues prometo hacerlo...

MULEY CARIME.

Y vas á jurarlo en mis manos. ¿Mas qué movimiento es ese?... Soy yo quien te la presento primero... estréchala, Aben Humeya, estréchala sin temor... aun no está fria! —

(*Cógele la mano.*)

Escúchame ahora... no tiembles, y escucha! El estruendo de las armas va á penetrar muy luego en estas sierras... los guerreros pelearán, no lo dudo; pero sus infelices familias!... Por Dios no expongas á mi hija, no expongas á la tuya á todos los horrores de una guerra de exterminio... cuál seria su suerte, si tú llegaras á faltar!... Mira mi destino, Aben Humeya, siempre mi destino: ahora mismo temo y tiem-

lo por tí!... Mas en tu mano está templar mi margura, si llevo conmigo la esperanza de aber logrado mi intento... Yo habia cuidado e fletar, en cuanto ví que amenazaban estas evueltas, un barco tunecino que se halla surto n el puerto de Adra... en pocas horas puede legarse á él, y en otras pocas puede llevar á Tánger á tu muger y á tu hija...

ABEN HUMEYA.

Bien está; lo haré.

MULEY CARIME.

Y yo confio en tu palabra. Dentro de mí mismo llevo el convencimiento de que no te atreverias á engañarme!

ESCENA VIII.

ABEN HUMEYA, MULEY CARIME, EL PARTAL, ALGUNOS MORISCOS. (*Vienen por el corredor.*)

PARTAL (*gritándole de lejos*).

Ponte en salvo, Aben Humeya, ponte en salvo!...

ABEN HUMEYA.

¡Huir yo!... ¿Dónde está el enemigo?

PARTAL.

Ya ha salvado el rio, ya se acerca... pero no

es él quien te amenaza, sino nuestros guerreros sublevados.

ABEN HUMEYA.

¡ Es posible !

PARTAL.

Han cundido entre ellos las inculpaciones mas atroces: dicen que tu tio Aben Juhar ha vendido al enemigo el paso del rio ; que tú has sido su cómplice...

ABEN HUMEYA.

¡ Yo !...

PARTAL.

Se habla sin rebozo de la traicion de Muley Carime...

ABEN HUMEYA.

¡ Ah !... ya descubro la mano de los pérfidos ... pero poco les durará el gozo...

(*Va á salir.*)

ESCENA IX.

ABEN HUMEYA, MULEY CARIME, EL PARTAL, EL XENIZ, ALIATAR, ALGUNOS MORISCOS Y UN TROPEL DE ESCLAVOS.

EL XENIZ (*casi sin aliento, desde lo alto de la galería*).

¿ A dónde vas ?... Detente !... No hay que

perder un solo momento... ya vienen á asaltar el castillo... hasta tienen la avilantez de pedir tu cabeza...

ABEN HUMEYA.

Voy yo mismo á llevársela. Mis armas!

(*Aliatar va corriendo á buscarlas.*)

ESCENA X.

LOS DICHOS, EXCEPTO ALIATAR.

EL XENIZ.

Aben Abó y Farax acaudillan á los sublevados...

ABEN HUMEYA.

Mis armas!!... ¿En dónde estan mis armas?

(*Otros dos esclavos van por ellas.*)

PARTAL.

Aun tenemos una retirada segura por ese camino subterráneo...

ABEN HUMEYA.

Mis armas!!!

ESCENA XI.

LOS DICHOS, ALIATAR.

(*Saca Aliatar un alfange y un puñal, y los da á Aben Humeya.*)

ABEN HUMEYA.

(*Desnudando el acero, y arrojando lejos la vaina.*)

Mucho tengo que agradecerte, destino mio... voy á derramar con mi propia mano la sangre de esos dos traidores, ó á morir como rey.

ESCENA XII.

MULEY CARIME, ZULEMA.

ZULEMA (*al abrir la puerta*).

¿Qué ruido es ese?... ¡sois vos!

MULEY CARIME (*aparte*).

Mi hija... Dios mio!

ZULEMA.

Me pareció que habia oido la voz de mi esposo... En este mismo instante estaba pensando en los dos.

MULEY CARIME.

En los dos!

ZULEMA.

¿Porqué no?... Yo nunca separo á entrambos en mi pensamiento ni en mi corazon... todas las noches, antes de dormirme, ruego á Dios por vos y por él!

MULEY CARIME.

Zulema!...

ZULEMA.

Me parece que estais contristado, y que os cuesta trabajo contener vuestras lágrimas... ¿nos amenazan mas desdichas?...

MULEY CARIME.

No te inquietes... solo tengo que decirte que voy á ausentarme...

ZULEMA.

¡Ausentaros!... ¿Y qué causa tan urgente puede obligaros á ello?...

MULEY CARIME.

Es necesario, hija mia...

ZULEMA.

¿Lo sabe mi esposo?...

(*Muley Carime no responde.*)

¡Ah! no me queda duda; él es quien os lo ha mandado... pero no se verificará, no; yo sabré impedirlo.

(*Va á ir al instante, mostrando resolucion y confianza.*)

MULEY CARIME (*con tono grave*).

Detente... ¿á dónde vas?...

ZULEMA (*con abatimiento*).

En busca de mi esposo... ¿no me es lícito rogarle por mi padre?...

MULEY CARIME.

Es inútil, mi querida Zulema... del todo inútil...

ZULEMA.

No lo creais: es el único favor que le he pedido; y á él le consta lo mucho que yo os amo!... Lejos de vos, lo digo con toda mi alma, no podria yo sobrellevar la vida!

MULEY CARIME.

¿Y á qué vienen ahora esas lágrimas?...

ZULEMA.

No lloro... pero me siento enternecida, siempre que se me ocurre un pensamiento muy triste... Dios, Dios sabe lo que le he pedido mil veces!... (*Coge con la mayor ternura la mano de su padre.*) Y me lo concederá... sí, me lo concederá... Ya he llorado á mi madre, á mi pobre madre... y el corazon me dice que no tendré que llorar mas que á ella!

MULEY CARIME.

(*Desasiéndose de su hija, y echándose en el sofá.*)

Esto es ya demasiado, Dios mio, demasia-

do!... ten lástima de un padre!... (*Despues de un corto intervalo.*) Ven, Zulema, acércate...

ZULEMA (*con viveza*).

¿No os ireis?...

MULEY CARIME.

Es preciso, hija mia...

ZULEMA.

Pero, á lo menos, volvereis pronto...

MULEY CARIME.

Pronto!

ZULEMA.

Mas ¿qué quiere decir esa amarga sonrisa?... La sangre se me ha helado en las venas.

MULEY CARIME.

Tengo necesidad de recogerme un poco... es fuerza separarnos... (*Levántase.*) Tus palabras me traspasan el corazon; y no tengo la fortaleza necesaria... Tú llenas de amargura mis últimos momentos...

ZULEMA (*con sobresalto*).

¡Los últimos!...

MULEY CARIME (*volviendo sobre sí*).

Los últimos que me quedan, antes de separarnos.... (*La abraza con la mayor ternura.*) A Dios, Zulema, quédate con Dios... Él será tu padre... como lo es de todos los desdichados!...

ZULEMA.

¿Qué quieren decir esas palabras misteriosas, ese acento tan desconsolado?... tal vez os amenaza algun riesgo...

MULEY CARIME.

No, hija, ninguno...

ZULEMA.

Sin duda os aflige algun triste presentimiento... Si os viese yo en este instante por la última vez!... ¡Ah! no, padre mio, no; de aquí no saldreis. (*Échase de pronto á los pies de su padre, y abraza sus rodillas.*)

MULEY CARIME.

Déjame, hija, déjame... por Dios te lo pido... me estás haciendo sufrir mil veces la agonía de la muerte.

ZULEMA.

Aguardad siquiera á que amanezca... pasaremos juntos algunas horas mas... prepararé mi ánimo á esta separacion cruel!...

MULEY CARIME.

No, hija, no puede ser... ya me estan aguardando!...

(*Dan las dos en el relox de la sala: Muley Carime se muestra como herido de un rayo, y cae sobre los almohadones.*)

ZULEMA.

¿Porqué os habeis estremecido?... (*Mirando*

al relox.) Es el relox, que acaba de dar la hora... (*Volviéndose hácia su padre.*) ¡Mas qué veo!... Habeis perdido el color, y estais todo inmutado... clavais en mí los ojos, y ni siquiera derraman ya una lágrima... (*Levántase despavorida.*) Aben Humeya!... Aben Humeya!...

(*Muley Carime pone su mano en la boca de su hija, como para impedirle que grite: ella la aparta con horror.*)

¡Dios mio!... está su mano helada!...

MULEY CARIME.

Hija mia... hija...

ZULEMA.

Respirad, respirad libremente... no nos separaremos... donde quiera que vayais, os seguiré yo.

(*Muley Carime la mira con extrema ternura, y cogiéndole la mano, la aplica á su corazon.*)

Sí, ya lo sé... ahí estoy... ahí estoy para siempre...

MULEY CARIME (*con un hondo quejido*).

Para siempre...... (*Espira.*)

ZULEMA.

Padre... padre... ¿no me respondeis?... ¡No conoceis ya á vuestra hija!... Ven, Aben Humeya, ven á socorrerme... mi padre ha muerto! (*Cae postrada á los pies de Muley Carime. Des-

pues de un breve silencio, óyense á lo lejos, hácia el fondo del teatro, algunos tiros de arcabuz, y luego resuenan golpes repetidos hácia el lado del aposento de Zulema.)

ESCENA XIII.

LOS DICHOS, FATIMA, LA ESCLAVA VIEJA, MUGERES Y ESCLAVAS.

(*Salen todas con la mayor consternacion.*)

MUGERES Y ESCLAVAS (*al tiempo de salir*).

Salvémonos!

FATIMA (*corriendo hácia Zulema*).

Madre!...

(*Al ver á Muley Carime, vuélvese atras horrorizada, y va á acogerse junto á la esclava vieja.*)

¡Ay, Dios mio!...

ESCLAVA VIEJA.

No te asustes, Fátima... es solo un desmayo.

(*Las mugeres y esclavas acuden á Zulema y la levantan: una de ellas desprende su velo y lo echa sobre la cabeza de Muley Carime: Fátima se arroja en brazos de su madre, que por el pronto no da señales de vida. — Redoblan con mas fuerza los golpes.*)

UNA DE LAS MUGERES.

Escuchad!... escuchad!... van á echar la

puerta al suelo... ya se oye el ruido de las armas...

MUGERES Y ESCLAVAS.

Huyamos!!!

FATIMA.

Venid, madre, venid...

ZULEMA.

(*Vuelve poco á poco en sí, y mira como asombrada en derredor.*)

¡Eres tú, hija mia!... Sí, no hay duda; tú eres... Te estoy viendo, te toco, te estrecho en mi seno... al fin logro llorar....

(*Se deshace en lágrimas, abrazada de Fátima.*)

ESCLAVA VIEJA.

Venid, por Dios os lo ruego, venid!... El menor retardo pudiera costaros la vida.

ZULEMA.

¿Dónde está mi esposo?

ESCLAVA VIEJA.

Va á volver al instante.

ZULEMA.

¿Dónde está?

ESCLAVA VIEJA.

Ha ido á apaciguar el tumulto.

ZULEMA.

Voy á buscarle.

FATIMA (*deteniéndola*).

¿A dónde vais?

ESCLAVA VIEJA.

Ocultémonos en esos subterráneos; y en logrando escapar por el pronto, él vendrá despues á salvarnos.

MUGERES Y ESCLAVAS.

Ocultémonos!...

(*La esclava vieja va delante, Zulema la sigue, apoyada en su hija, y rodeada de mugeres y esclavas. Al mismo tiempo que van á entrar en el subterráneo, sale de él Aben Farax, seguido de gran número de conjurados, con sables desnudos y hachas ardiendo: las mugeres y esclavas arrojan un grito, y huyen despavoridas, arrollando consigo á Fátima y á Zulema; pero esta se desase de ellas, y se queda sola en medio del teatro.*)

ESCENA XIV.

ZULEMA, ABEN FARAX, CONJURADOS.

ABEN FARAX (*con acento fuerte, al tiempo de salir*).

¿Dónde está el tirano?... Quizá va huyendo con esas mugeres; pero no se librará de la muerte!

ZULEMA.

¿A quién buscas, monstruo sanguinario?...

ABEN FARAX (*sin parar la atencion en Zulema*).

Entrad á hierro y fuego, y registradlo todo!...

(*Va á partir seguido de algunos conjurados; los demas se van precipitadamente por varias puertas.*)

ZULEMA (*poniéndosele delante*).

No; de aquí no pasarás. Tú buscas á mi esposo para darle muerte.

ABEN FARAX (*señalando el cadáver*).

A tu esposo!... dí mas bien al asesino de tu padre.

(*Desvíala con violencia, y desaparece al punto, seguido de los que se habian quedado con él.*)

ESCENA XV.

ZULEMA.

(*Quédase al punto inmóvil, como sobrecogida y pasmada: despues va volviendo en sí, y luego cae en una especie de delirio.*)

No hay duda; él ha sido... él ha sido... todo lo recuerdo ahora, todo lo veo claro; hasta el fondo del abismo veo... Este relámpago me ha abierto los ojos; pero tambien me los ha abrasado!

(*Vaga por el teatro en la mayor agitacion.*)

Aben Humeya!... Aben Humeya!... No es

tu esposa, no; la hija de Muley Carime es quien te llama!

ESCENA XVI.

ZULEMA, ABEN HUMEYA, ALGUNOS MORISCOS, Y UNA TURBA DE ESCLAVOS.

(*Vense entrar huyendo y derrotados á muchos Moriscos y esclavos, que se dispersan en el teatro, y se escapan por todas partes.*)

ABEN HUMEYA (*desde lo hondo del corredor*).

Aguardad, cobardes, aguardad un momento... tened siquiera ánimo para verme morir!

ZULEMA (*corriendo á su encuentro*).

Vuélveme mi padre, Aben Humeya, vuélveme mi padre!

ABEN HUMEYA (*sorprendido y turbado*).

¿Qué quieres, desdichada?...

ZULEMA.

Mi padre!... ¿Qué has hecho de mi padre?... ¡No lo sabes!... ven, ven conmigo... pronto le hallaremos.

(*Coge del brazo á Aben Humeya, queriendo conducirle por fuerza hácia donde está Muley Carime.*)

ABEN HUMEYA.

Que me pierdes, Zulema, y te pierdes... Déjame!...

ZULEMA.

No, no te suelto... mientras tenga vida, no he de dejar de pedirte mi padre!

ESCENA XVII.

ZULEMA, ABEN HUMEYA, ABEN ABO, CONJURADOS.

(*Suena gran estrépito y vocería en el fondo del teatro: Aben Abó es el primero que se presenta, seguido de muchos conjurados.*)

ABEN ABO.

Deteneos!...

(*Hace una seña á los suyos, mira de hito en hito á Aben Humeya, y en seguida le dice:*)

Al fin te encuentro, Aben Humeya!

ABEN HUMEYA (*con un acento que la cólera ahoga*).

Ven, traidor, ven... aun tengo libre esta mano para pasarte el corazon.

(*Zulema, fuera de sí, continúa asida á Aben Humeya, y quiere apartarle de la pelea: Aben Abó le acomete con ímpetu; el sable de Aben Humeya se desprende de su mano herida; va á*

cogerle del suelo, y Aben Abó le descarga un golpe terrible.)

ABEN ABO.

Muere!

ZULEMA (*poniéndose de por medio*).

No!

(*Cae herida mortalmente. Al mismo tiempo se oye un tiro detras de Aben Humeya, que al sentirse herido, va á dar un paso amenazando á Aben Abó, y cae desplomado.*)

ABEN HUMEYA.

¡Ay!...

ESCENA XVIII.

ABEN HUMEYA, ABEN ABO, ABEN FARAX, GRAN NUMERO DE CONJURADOS.

(*Salen por todas partes los conjurados, con armas y antorchas.*)

MUCHOS CONJURADOS.

Muera el tirano!... muera!...

OTROS.

Viva Aben Abó!

TODOS (*excepto Aben Farax y los de su bando*).

Viva nuestro rey!

ABEN FARAX.

¡Ya buscais otro yugo!

ABEN HUMEYA (*en la agonía*).

Muero contento... pronto me seguirás... y asesinado tambien... á estos traidores les lego mi venganza!

ABEN ABO.

¿Qué estás ahí diciendo, miserable?... Arrastradle á esos subterráneos; y que en ellos halle su sepulcro!

(*Un grupo de conjurados rodea á Aben Humeya, y se le lleva moribundo.*)

ABEN HUMEYA.

(*Hace señas con su mano ensangrentada, como si llamase á Aben Abó, y clama con voz desfallecida:*)

Ven, Aben Abó, ven!... Ya te aguardo......

(*Espira y le entran al punto en el subterráneo. Zulema, al escuchar la voz de su esposo, se arrastra un breve espacio, como queriendo seguirle, y cae luego exánime.*)

ZULEMA.

Aben Humeya!...

ESCENA XIX.

ABEN ABO, ABEN FARAX, CONJURADOS.

MUCHOS CONJURADOS.

Viva Aben Abó!

OTROS.

Viva nuestro rey!

ABEN ABO.

No, guerreros mios, no... marchemos contra el enemigo; y en medio de sus filas asentaré la corona en mis sienes.

(*Va á partir con ademan resuelto: Aben Farax le grita, de en medio del teatro:*)

ABEN FARAX.

Aben Abó!... mira: ¿ves este reguero de sangre?... Ese es el camino del trono.

FIN DEL DRAMA.